Don Ramon ...

3651

Don Ramón

el S. Ramón

Gaspar

5





DON RAMON

Y

EL SEÑOR RAMON.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

CORREGIR AL QUE YERRA.........	Comedia	original	y en verso.	1 acto.
EL ONCENO NO ESTORBAR........	Id.	Id.	Id. .	1 acto.
LA ESCALA DEL MATRIMONIO.....	Id.	Id.	Id. .	3 actos.
CANDIDITO (*Segunda edicion*).....	Id.	Id.	Id. .	1 acto.
NO LO QUIERO SABER.............	Id.	Id.	Id. .	1 acto.
¡POBRES MUJERES! (*Segunda edicion*).........................	Id.	Id.	Id. .	1 acto.
EL PIANO PARLANTE.............	Id.	Id.	Id. .	3 actos.
EL SUEÑO DE UN SOLTERO.......	Id.	Id.	Id. .	1 acto.
MONEDA CORRIENTE.............	Id.	Id.	Id. .	3 actos.
CUESTION DE FORMA.............	Id.	Id.	Id. .	3 actos.
EL JUGADOR DE MANOS...........	Id.	arreglada	del francés	3 actos.
LAS CIRCUNSTANCIAS.............	Id.	original	y en prosa..	3 actos.
LA CHISMOSA	Id.	Id.	y en verso..	3 actos.
LA LEVITA (*Segunda edicion*)....	Id.	Id.	y en prosa..	3 actos.
DON RAMON Y EL SEÑOR RAMON..	Id.	Id.	Id. .	3 actos.

DON RAMON

Y

EL SEÑOR RAMON

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR

Estrenada en Madrid, en el teatro Español, el 23 de Febrero de 1869, á beneficio del primer actor de carácter anciano, D. Francisco Oltra.

MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1869



AL SEÑOR

DON VICENTE BELLMONT.

Esta es la obra que más quiero, la más difícil de cuantas he escrito y la que más me ha aplaudido el público.

Ignoro si es la más teatral; pero creo que es la de más trascendencia.

Y como eres el amigo á quien más quiero, y el que más soporta mis impertinencias, aunque más mereces, te la dedico y..... nada más.

ENRIQUE.



Á LOS ARTISTAS.

Fieles intérpretes de mi obra, á ustedes debo sin duda alguna la mitad del éxito que ha obtenido. Me congratulo, por lo tanto, al hacer este público aunque insignificante testimonio de mi gratitud, permitiéndome de paso dar las gracias á Doña Matilde Diez, de cuya buena amistad he conseguido que *Doña Aleja*, á pesar de su insignificante cometido, haya alcanzado la importancia que con su talento imprime á cualquier creacion esa joya del español proscenio.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ALEJA...............	DOÑA MATILDE DIEZ.
CLOTILDE..................	CLOTILDE LOMBIA.
ROBUSTIANA..............	MARIANA CHAFINO.
SEÑOR RAMON............	DON MANUEL CATALINA.
DON RAMON...............	FRANCISCO OLTRA.
ANTONIO...................	JUAN CASAÑER.

DON RAMON

Y

EL SEÑOR RAMON.

ACTO PRIMERO.

Gabinete reducido, coquetísimamente amueblado, con puerta en el fondo y otra lateral en la izquierda. Enfrente de ésta una ventana ó balcon en que el señor Ramon está acabando de colocar unas persianas. Algunas virutas esparcidas por la escena, y sobre una silla blanca de enea, una espuerta con útiles de carpintería. A la derecha y en primer término del proscenio una mesita cubierta á la que están sentados Clotilde y Don Ramon, tomando café, servido por un criado que á su tiempo retirará la mesa con el servicio.

ESCENA PRIMERA.

CLOTILDE, DON RAMON y el SEÑOR RAMON.

SEÑOR RAMON.

Vamos, ya encajan perfectamente. (Abriendo y cerrando las persianas.) Se habian hinchado un poco de la humedad. ¿Qué otra cosa me ha dicho usted que habia que componer?

DON RAMON.

La puerta de mi despacho; pero ya se hará luego. Descanse usted, hombre, que no parece sino que le pagan á destajo.

SEÑOR RAMON.

¿Qué quiere usted? ¡La sangre! Yo no sé estar parado ni un momento.

CLOTILDE.

¿Le sirvo á usted una tacita de café?

SEÑOR RAMON.

No, señorita; tantas gracias: es una bebida que no me gusta.

CLOTILDE.

Pues es muy estomacal y entona mucho.

SEÑOR RAMON.

Para entonarse no hay como una copita de aguardiente.

DON RAMON.

Hombre, no; eso es nocivo.

SEÑOR RAMON.

Pues á mí nunca me ha hecho daño. Todo es la costumbre. Yo, el dia que no tomo la sosiega, creo que me falta algo.

DON RAMON.

¿Quiere usted que le hagan de almorzar?

SEÑOR RAMON.

¡Cá! No, señor.

CLOTILDE.

Sí; en un momento está listo.

SEÑOR RAMON.

Deje usted, deje usted, que ya me he traido yo mi pienso (Sacando de la espuerta un pedazo de pan relleno de magras.)

DON RAMON.

¿Cómo?

SEÑOR RAMON.

¿Ustedes gustan? (Comiendo á bocado redondo.)

DON RAMON.

(A su hija.) ¿Pero tú ves? si el Señor Ramon merece cualquier cosa.

CLOTILDE.

Efectivamente.

SEÑOR RAMON.

¿Por qué?

DON RAMON.

Hombre, porque me hace usted una ofensa.

SEÑOR RAMON.

Pues será por ignorancia.

DON RAMON.

Siempre que se origina en casa alguna compostura no me manda un oficial, sino que sube usted en persona, y sobre no consentir en cobrar jamás un cuarto, hasta se viene provisto del almuerzo, como si no cupiera usted en mi mesa.

SEÑOR RAMON.

Vamos, Don Ramon, deje usted á un lado esas tonterías; usted sí que es el que me ofende con sólo pensar en pagarme mi trabajo.

DON RAMON.

Y al fin tendré que hacerlo, como si se tratase de un extraño.

SEÑOR RAMON.

Muchas gracias. Es decir, que de nada sirve el haber jugado juntos cuando pequeños; el vivir cerca de treinta años en la misma casa; el que hayamos visto nacer á nuestros hijos casi en un mismo dia, y hasta el haber llevado á la par el luto por nuestras pobrecitas mujeres! ¡Vaya! Calle usted, calle usted, que hay cosas en la vida que no pueden olvidarse nunca.

CLOTILDE.

Por eso mismo debiera usted tenerlas en consideracion para tratarnos con la franqueza, á que más que de amigo, de individuo de nuestra familia le dan derecho las circunstancias que en este caso concurren.

SEÑOR RAMON.

Señorita Clotilde, usted sabe mucho, pero á mí no me envuelve con sus retóricas. Lo que es franqueza, bien sabe usted que la he tenido siempre con su papá, y que cuando el uno ha necesitado del otro, poco ha tardado en encontrarle. ¿Es verdad, ó no es verdad, Don Ramon?

DON RAMON.

Sí, ciertamente.

SEÑOR RAMON.

¿A ver quién, si no usted, ha dirigido la educacion de Antonio? ¿Por quién me lo encuentro hecho hoy todo un señor abogado?

DON RAMON.

Naturalmente, he tomado por su carrera el interés que exigia nuestra amistad, si bien no ignora usted la resistencia que puse á su determinacion.

SEÑOR RAMON.

¿Y quién me quita á mí el gustazo de ver á mi Antonio hecho un hombre de provecho, sacándose cada discurso que hace palmotear á los señores de la Academia, y dando ocasion á que los periódicos se ocupen de él todos los dias?

CLOTILDE.

Por cierto, que el que pronunció en la licenciatura fué magnífico.

SEÑOR RAMON.

¿Se acuerda usted? De memoria me lo sé yo. ¡Qué manera de aplaudirle cuando aquello del final! (Como diciendo un discurso.) «El hombre es perfectible y su perfeccion la »meta á que deben converger todas sus aspiraciones como »cumplimiento de su mision sobre la tierra.»

ESCENA II.

DICHOS Y ANTONIO.

ANTONIO.

¿Están ustedes ocupándose de mí?

CLOTILDE.

Sí, haciendo tu apología.

DON RAMON.

Tu padre nos estaba recordando el discurso de tu licenciatura que conoce al dedillo.

CLOTILDE.

Por cierto que no sé cuando vas á regalarnos el ejemplar que nos tienes ofrecido.

ANTONIO.

Hija, aún no los he recibido; por consiguiente, la recriminacion carece de fundamento.

CLOTILDE.

Una tacita. (Sirviéndole á Antonio una taza de café.)

ANTONIO.

Gracias. (Tomándola.)

SEÑOR RAMON.

(Contemplando á su hijo.) Ahí le tiene usted hecho todo un hombre. Me parece que no podrá tener queja de mí. Él viste como un marqués, su padre nunca le escatima una onza para que quede bien en cualquier parte, y el dia que yo cierre los ojos no le ha de faltar para comer. Con que á ver qué más puede ambicionar.

DON RAMON.

Verdaderamente, nada.

ANTONIO.

Bien sabe usted cuánto se lo agradezco.

DON RAMON.

(Intencionalmente.) ¡De modo que él no sabrá vivir ni un momento separado de su padre! (Antonio, comprendiendo la intencion de Don Ramon, se ruboriza.)

SEÑOR RAMON.

¡Ca! No, señor; al contrario; sólo le tengo á las horas de comer y de dormir. Es lo que yo le digo: «Chico, tú pareces un huésped en la casa.» Verdad es que como tiene tantas ocupaciones, el pobre no puede aunque quisiera. Mire usted, lo ménos hace tres años que no he podido conseguir que cenemos juntos una noche.

DON RAMON.

Eso se explica fácilmente; como toma el té con nosotros...

SEÑOR RAMON.

Ya sé que él se encuentra aquí perfectamente. (Sonriéndose.)

DON RAMON.

Así parece.

ANTONIO.

Me guardan ustedes tales atenciones...

SEÑOR RAMON.

Mira á usted como su segundo padre. (Sonriendo con malicia y mirando á Clotilde.) Luego ve aquí ciertas cosas que no tiene allá abajo.

DON RAMON.

Sí. (A Antonio.) ¿Cuál fué el tema de tu disertacion en la investidura?

ANTONIO.

(Turbado, conociendo la importancia de la pregunta.) La educacion en sus relaciones con el Código.

DON RAMON.

Bonito punto.

SEÑOR RAMON.

¡Y qué bien lo hizo!

DON RAMON.

¿Segun eso, usted ha profundizado el discurso de Antonio?

SEÑOR RAMON.

No, no, señor; me refiero á la mímica y al accionado.

¡Profundizar! ¡Ca! Don Ramon, si la mitad de las palabras yo no las alcanzo.

DON RAMON.

Eso equivale á decir que su hijo habla un lenguaje que usted no comprende, lo cual no quita, sin embargo, para que usted sepa el discurso de memoria.

SEÑOR RAMON.

Sí; todo, todo.

DON RAMON.

¿Cómo es aquel párrafo que nos recitaba usted ántes?

ANTONIO.

¿Para qué?...

SEÑOR RAMON.

¿Cuál?

DON RAMON.

El que empieza: «El hombre es perfectible...

SEÑOR RAMON.

¡Ah! Sí, sí.—(Recitando.) «El hombre es perfectible, y su perfeccion la meta á que deben converger todas sus aspiraciones, como cumplimiento de su mision sobre la tierra. Destrúyanse los malos instintos al calor de la educacion social, y os prometo que los Códigos morirán de inaccion. Vea yo convertidos en escuelas todos esos templos donde se rinde culto á la embriaguez, y os juro que la pena de muerte correrá avergonzada á sepultarse en el panteon de los anacronismos. Porque reasumiendo, señores. (Declamando.) ¡Esto sí que lo dijo bien! (Recitado.) Tal es el dominio de la inteligencia sobre la ignorancia, que los libros, vistiendo la honrosa toga de la magistratura forman los tribunales donde se analiza la gota de vino que rebosa al fer-

mentar en el cerebro, gota que acaso es la única capaz de dirigir la mano del más grosero de los criminales, y á quien la ley señala tambien con el más denigrante de sus dictados, «el parricida.»

DON RAMON.

¡Bravo! ¡Bravo!

SEÑOR RAMON.

Eso es lo que decian en el Paraninfo. Todos tocaban palmas, y yo aplaudia tambien sin saber por qué.

DON RAMON.

Lo creo, pues de otro modo se hubiera usted abstenido de hacerlo.

SEÑOR RAMON.

¿Y eso?

DON RAMON.

Por ser el padre del graduando.

SEÑOR RAMON.

¡Vamos! así es que todos me miraban, pero yo por si era de envidia, palmoteaba más fuerte, y es que ellos estarian diciendo: «Ese pobre hombre es el padre del que acaba de decir esas palabras.»

DON RAMON.

Justo.

ANTONIO.

Basta, padre, hablemos de otra cosa.

SEÑOR RAMON.

¿Quieres que me vaya? ¿Es que tienes prisa de que oiga Don Ramon ese otro discurso que le quieres echar?

DON RAMON.

¡Cómo!

ANTONIO.

No es nada.

SEÑOR RAMON.

Sí, nada. (Sonriendo.) De fijo que será el mejor de todos, porque..... desde chiquito que está estudiándolo..... En fin, pronto lo oirá usted.

DON RAMON.

Bueno, yo le daré mi opinion con la franqueza de siempre.

ESCENA III.

DICHOS Y DOÑA ALEJA.

ALEJA.

¿Se puede pasar adelante?

DON RAMON.

¿Quién? ¡Ah! ¿Qué tal va, señora?

(El criado retira el velador con el servicio.)

ALEJA.

Muy bien. ¿Y la niña?

CLOTILDE.

Buena, gracias.

SEÑOR RAMON.

No hagas caso de los pobres, Aleja.

ALEJA.

Chico, bien puedes perdonar, no te habia visto. ¿Cómo estás, Ramon?

SEÑOR RAMON.

No tan bien como tú; pero vamos tirando.

ALEJA.

¡Anda, anda, Antoñuelo tambien por aquí! pues toda la vecindad nos hémos reunido.

DON RAMON.

Tome usted asiento, señora.

ALEJA.

Tantas gracias, no se moleste usted.

(Se sientan todos y el señor Ramon lo hace en la silla de enea.)

Vengo sólo á traerle á usted el recibito. (Dándoselo.)

DON RAMON.

(Tomándolo.) ¡Ah! sí, pues si se espera V. un instante. (Como yendo á buscar dinero.)

ALEJA.

(Deteniéndole.) Quieto, quieto, ya me lo mandará usted, don Ramon, no corre prisa.—¡Si más bien es un pretexto para venir á ver cómo siguen ustedes!

SEÑOR RAMON.

Déjela usted, déjela usted, que á esa no le hacen falta las peluconas. ¡Bien nos podia rebajar los alquileres!

ALEJA.

Sí, buenos están los tiempos para andar con rebajas.

SEÑOR RAMON.

Pero tú eres rica.

ALEJA.

¡Pobrecito! pues puede que necesites tú limosnas de nadie.

DON RAMON.

¡Si lo dijera yo, que sólo tengo mi paga de magistrado!

SEÑOR RAMON.

Aleja es propietaria.

ALEJA.

Sí, porque por ser propietaria, compro yo los duros á cuatro pesetas. Para cierta clase de personas, todos aquellos de quienes dependen son unos tiranos. No hay casero que no sea verdugo para el inquilino, ni mancebo que no esté esclavizado por su principal, ni amo de casa que no ejerza despotismo con sus criados, y es que la envidia se nos come. No tienen más remedio los que están encima que pedir á Dios paciencia para aguantar á los que están debajo.

SEÑOR RAMON.

Es que los de arriba se creen muchas veces más altos de lo que realmente están.

ALEJA.

Hombre, peor para ellos; pero de todos modos no creo que lo digas eso por mí.

SEÑOR RAMON.

Tu chinita te toca.

ALEJA.

Tú te explicarás.

SEÑOR RAMON.

Chica, no tienes más que hacerte unos cuantos años atrás

y dime si eres hoy la misma que entónces. Cuando pusiste la taberna y nos despachabas las rondas al mostrador, vestias aparejo redondo y todos te llamábamos la señá Aleja. (Léase señaleja.)

Ahora llevas en el vestido más cola que entra en un armario, el café te le regenta un mancebo, no sales de casa sin tus guantes y todos te llaman doña Aleja.

ALEJA.

¿Tú crees haber dicho algo, verdad?

DON RAMON.

Esto es una discusion en debida forma, de la que puede sacarse, como de todas, algun provecho.

CLOTILDE.

Efectivamente.

ALEJA.

Pues en último resultado has venido á decir, que lo mejor es lo más bueno, y que á todos nos gusta lo mejor. ¿Te niego yo mi pasado?

SEÑOR RAMON.

No; pero parece que no te gusta el que te lo recuerde.

ALEJA.

Nada de eso. Lo que me pasa es que me indigno de haber estado toda mi juventud patrocinando borracheras, cuando ahora que empieza mi vejez conozco, gracias á mi hija que me ha enseñado lo que son libros, que la vida no la constituye sólo el ser honrados para comer y dormir, sino que hay que hacerla agradable por medio de la educacion.—¿Cómo he de negarte yo que he servido la taberna, cuando mil veces has entrado en ella con tu hijo á echar unas copas? ¿Verdad, Antonio?

ANTONIO.

(Confundido.) Si señora.

ALEJA.

Hombre, dispensa mi indiscrecion. Ya sé, y lo aplaudo, que ahora tomas café en el Suizo. En cambio tu padre no ha perdido la costumbre de la sosiega. Pues bien, yo que me encontraba con un mediano talento natural, con una hija de ardiente imaginacion, y con medios de fortuna, ¿tiene algo de extraño que pusiera á la niña en un colegio donde aprendiese siquiera á leer?

DON RAMON.

Era muy justo.

ALEJA.

Al poco tiempo empecé á notar que la niña hablaba de otro modo, sus modales eran distintos, sus atenciones hácia mí delicadísimas, rechazaba el trato de los que frecuentaban mi tienda, y sobre todo sabia más que yo. Un dia de eclipse total de sol, en que el vulgo, y yo con él, pensaba que iba á ser el último del mundo, mandé por ella al colegio momentos ántes de verificarse el fenómeno... y al entrar en mi cuarto, donde me hallaba de rodillas ante una imágen de la Vírgen de la Paloma, alumbrada por dos velas del monumento, se echó á reir como una tonta, y trayendo de la despensa tres manzanas, me dijo: «Esta es el sol, esta la luna, y esta la tierra, lo que va á pasar no es más que esto. Y empezó á explicármelo prácticamente. Mire usted, don Ramon, cuando ví que las nieblas se disipaban, que el sol lucia como de ordinario, y que todos viviamos como ántes, fué tal la vergüenza que pasé considerando que aquel renacuajo sabia más que su madre, que al dia siguiente alquilé un cuarto, dí un adios al cafetin, y me encerré con

mi hija, porque me parecia que todos me señalaban con el dedo por ignorante.

DON RAMON.

Muy bien hecho.

ALEJA.

Desde entónces, siempre que encuentro á alguno de mis contertulios, digo para mí con cierta satisfaccion: «Ese no sabe lo que es un eclipse.»

TODOS.

Ja, ja. (Riendo.)

SEÑOR RAMON.

Gracias, Aleja.

ALEJA.

Pues bien, ahora sea usted juez. (A Don Ramon.) El señor Ramon me supone engreida, porque en lugar de arracadas de perlas hasta los hombros, y saya corta, visto con la sencillez de quien no necesita hacer ridículo alarde de riqueza; porque prefiero á un polo ó unas malagueñas cantadas á la guitarra, un duo entre la Patti y Tamberlik; porque aprendo de mi hija á trinchar un ave en vez de enseñarle cómo se refrescan las cañas; y porque logro, en fin, aunque tarde, gozar un poco del mundo y de la satisfaccion de que mi Adela viva feliz á mi lado, sin avergonzarse de su madre.

SEÑOR RAMON.

¡Poco á poco! Con eso das á entender que mi hijo se avergüenza de mí.

ANTONIO.

Padre, nadie dice...

SEÑOR RAMON.

Es que si tal supiera, te abria la cabeza de un martillazo.

ALEJA.

(Aparte á Don Ramon.) El eclipse, el eclipse.

SEÑOR RAMON.

Yo soy un artesano honrado y harto he hecho con darle la educacion que tiene; no estoy obligado á más.

ALEJA.

Cuarenta años tengo: treinta los he pasado en la creencia de que para comer no habia más que abrir y cerrar las mandíbulas; y hasta hace diez, no he sabido que comer era otra cosa.

SEÑOR RAMON.

¿Qué?

ALEJA.

Nada. ¿Tú crees haber hecho *todo* lo que debias con ser honrado y costear los estudios de tu hijo?

SEÑOR RAMON.

Sí.

ALEJA.

(Levantándose.) Pues vaya, que te alivies y hasta la vista.

DON RAMON.

¿Se va usted ya?

ALEJA.

Sí; tengo que hacer.

SEÑOR RAMON.

Vaya usted con Dios, doña Aleja.

ALEJA.

Agur, hija mia.

CLOTILDE.

Que usted lo pase bien.

ALEJA.

Antoñito...

ANTONIO.

¡Señora!

ALEJA.

Hijo, no te digo nada, tú has estudiado astronomía. (Váse.)

ESCENA IV.

DICHOS MENOS DOÑA ALEJA.

SEÑOR RAMON.

¡Luégo quiere que no la digan que tiene humos de marquesa!

DON RAMON.

Pues sepa usted que discurre con mucho acierto.

SEÑOR RAMON.

No falta más sino que usted la alabe. ¡Avergonzarse de mí!

ANTONIO.

Vamos, padre, no se preocupe usted con esa idea, cuando de sobra conoce el cariño, la gratitud y el respeto que usted me inspira.

CLOTILDE.

No debe usted dudarlo.

SEÑOR RAMON.

Como ella ha tenido siempre esas pretensiones, mira con

desprecio al que como yo nunca ha querido salirse de su esfera.

DON RAMON.

Permítame usted que le diga, señor Ramon, que todos en el mundo tenemos aspiraciones dignas de aplauso cuando no son exageradas.

SEÑOR RAMON.

Yo no las he tenido nunca. Por eso, aunque soy rico, gasto y trabajo lo mismo que cuando era pobre.

DON RAMON.

Pero usted empezó siendo aprendiz en su oficio; luego aspiró á llamarse oficial, y á no tener ambicion, no concibo por qué con tanta alegría recibió usted el título de maestro.

SEÑOR RAMON.

¡Toma! Por la consideracion, y por ser esa la manera de poder hacer una fortuna como la que hoy tengo.

DON RAMON.

Y si, como usted dice, su hijo cuenta ya con una carrera con que vivir independiente, y las necesidades de usted son escasas, ¿á qué codiciar esa fortuna? ¿Por qué no la ha invertido en procurarse otros títulos, toda vez que tanto estima la consideracion, y que por ella salió de la esfera de aprendiz para elevarse á la de maestro? Si no ha comprado usted, ni siquiera libros con que dar de comer á su inteligencia, ¿á qué amontonar onza sobre onza? ¿No comprende usted que tanto significa tener en metálico esa riqueza, como que la hubiera usted empleado en sotanas y manteos por si alguna vez le hacian cura?

SEÑOR RAMON.

No señor, porque aunque mi hijo no necesita de mí, siempre es bueno que cuente con algo. Y luego, que el dinero es el todo.

DON RAMON.

En el caso de usted, nada; y lo prueba el que si mañana les robasen á entrambos, Antonio conservaria consigo el capital de su inteligencia, mientras que usted, segun sus teorías, lo perderia todo.

SEÑOR RAMON.

Para eso tengo un hijo que cuidaria de mí.

DON RAMON.

Convenido; pero si hoy es usted quien le da una onza para que la gaste en superfluidades, en el caso supuesto, seria Antonio quien se la procuraria á usted para que no careciera de lo necesario.

SEÑOR RAMON.

No haria más que cumplir con su deber.

DON RAMON.

Corriente; pero probaria con ello, que desprovisto de la fortuna material, es más rico el hombre, cuanto mayores son su educacion y su inteligencia. Luego no censure usted al que sin necesidad de salirse de su círculo tiene aspiraciones como doña Aleja, porque ella cambia oro por instruccion; mientras usted no es más que un pobre con dinero.

SEÑOR RAMON.

En fin, usted sabe mucha filosofía; pero oiga el discurso

que le va á echar mi hijo, y veremos si no cambia de parecer.

ANTONIO.

¡Qué tenacidad!

SEÑOR RAMON.

Anda, anda, yo entre tanto voy á repasar aquella puerta. (Se lleva la espuerta de las herramientas.)

DON RAMON.

Repito á usted que le daré con franqueza mi opinion. (Vase el señor Ramon.)

ESCENA V.

DICHOS MENOS EL SEÑOR RAMON.

ANTONIO.

(A Don Ramon.) Suplico á usted que perdone la impaciencia de mi padre.

DON RAMON.

Calla, hombre, tus excusas están fuera de lugar conociendo su carácter. Empieza cuando gustes.

CLOTILDE.

Yo me retiro para que podais consultar libremente.

DON RAMON.

Nada de eso; quédate, hija mia, porque ó mucho me equivoco ó Antonio desea oir tambien tu parecer. ¿No es así?

ANTONIO.

Efectivamente.

CLOTILDE.

Ya escucho.

ANTONIO.

Ante todo reclamo indulgencia, por si encuentra usted atrevida mi pretension.

DON RAMON.

Adelante.

ANTONIO.

Creo que al buen talento de usted no debe haberle pasado desapercibido, que bien por razon del trato constante, ó por otras causas de no difícil explicacion, existe entre Clotilde y yo cierta inteligencia, que aunque mal reprimida á los ojos de usted, no nos hemos permitido, sin embargo, publicar hasta este momento.

DON RAMON.

Tu revelacion ciertamente no me causa sorpresa, porque, áun ántes de despertarse en vosotros ese sentimiento, tenia yo la prevision de lo que habia de suceder.

ANTONIO.

Pues bien; hoy que al cariño de Clotilde puedo corresponder con un título de que ayer carecia, y con una posicion social digna de ella, en mi concepto, excuso dar á usted más explicaciones sobre el objeto que aquí me conduce.

DON RAMON.

Tienes razon. Principio por suponer que entrambos, y especialmente Clotilde, estareis firmemente persuadidos de que os amais por conviccion.

ANTONIO.

Me atrevo á responder de los dos.

CLOTILDE.

Sin duda alguna.

DON RAMON.

Por muy sensible que me sea el separarme de mi hija, comprendo que más tarde ó más temprano ha de suceder, y por lo tanto cierro los ojos ante una decision, que sobre ser producida por el cariño, no puede ni debe en justicia rechazarse. Pero como el matrimonio es la llave de la felicidad ó de la desgracia eternas, y en ambas nos cabe á los padres una gravísima responsabilidad, vas á permitirme que sin intencion de inclinar la balanza á un lado ú á otro, le exponga á mi hija las ventajas y los inconvenientes de esta boda, para que compulsados razonablemente, ratifique ó rectifique su determinacion.

ANTONIO.

Es muy justo.

DON RAMON.

(A Clotilde.) Antonio es un muchacho próximamente de tu edad, tiene talento, una carrera literaria honrosísima, una envidiable posicion social, y parece quererte. Hasta aquí las ventajas que, en honor de la verdad, rara vez se presentan en tal cúmulo.

ANTONIO.

Gracias.

DON RAMON.

No me las dés, pues te consta que soy justo hasta la crueldad. Vamos ahora á los inconvenientes, que por pequeños que parezcan, no deben dejarse pasar desapercibidos. Tu padre ha cometido la indiscrecion de sacarte á volar á otra atmósfera sin procurar remontarse á tu altura para que el abismo que os separa no fuera tan insondable.

ANTONIO.

No debo contestar sobre ese punto.

DON RAMON.

Ya sé que puedes decirme que mi hija es contigo y no con tu padre con quien se casa; pero vivimos en el mundo, y hay que respetar los caprichos de una sociedad que, aunque imperfecta en su mayor parte, es la que juzga los actos de la sensata minoría. Mañana, aunque yo fuera pregonando tus cualidades y los nombres de los contrayentes, acaso me rechazara porque, miope y superficial, no veria en vuestra union la de dos jóvenes amantes, sino la de la hija de un magistrado con el hijo de un carpintero.

CLOTILDE.

(Turbada.) ¿Cómo? (Su padre analiza todas sus impresiones.)

ANTONIO.

Sin querer, me hace usted daño.

DON RAMON.

Antonio, es preciso. Debes comprender que para contrarestar las iras del ridículo, se necesita un alma superior, y yo estoy convencido de que la que abriga un amor verdadero participa de esta cualidad. ¿Es cierto, Clotilde? (Mirándola y estudiándola.)

CLOTILDE.

Sí... (Confundida y pensativa.)

ANTONIO.

(Aparte.) (¿Qué es esto?)

DON RAMON.

Pero áun prescindiendo del mundo, que es bastante prescindir, hay ciertas razones privadas tan poderosas ó más, en mi concepto, que las del dominio público. Yo que quiero á tu padre entrañablemente, como se quiere á un

hermano, al hacerle entrar en mi familia habia de ser para vivir en contínuo contacto con él, y participar juntos de todos esos pequeños detalles que constituyen la vida íntima, lo cual, y dicho sea de paso, no nos hemos permitido nunca hasta ahora, á pesar de nuestra amistad vetusta. Para ello, con el fin de evitarle toda violencia por su parte, dada su educacion, yo prescindiria gustoso de todos aquellos amigos mios que no se acomodaran á mi determinacion sin motejarla, pero así y todo, ¿crees tú que podria haber verdadera expansion entre los dos? ¿No difeririamos notablemente en la forma de nuestras manifestaciones? Esa homogeneidad tan necesaria para la armonía de los caractéres, ¿cómo habia de despertar la simpatía, empeñándose en hacerla producto de tan heterogéneos elementos? Tú mismo, á pesar del cariño que profesas á tu padre, ¿no buscas instintivamente otro ambiente en que respirar, porque en tu casa te ahogas? Pues si esto hace un hombre, justo es que mi hija compulse sus fuerzas para que mañana no pueda decirnos que ha sido sorprendida por ignorancia. Repito, sin embargo, que esto no es ejercer presion, sino simplemente exponer los hechos. (Mirando á su hija.) Y que una pasion verdadera todo lo vence. Hasta aquí los inconvenientes: hasta aquí yo. Ahora vosotros.

ANTONIO.

Mi posicion, ya difícil de suyo, no me permite hablar por temor de que mis palabras se traduzcan como una exigencia. Tú, Clotilde, dí lo que espontáneamente te dicten tus sentimientos.

CLOTILDE.

(Anonadada.) Antonio... puedes estar persuadido... de mi amor hácia tí...; pero creo... que no hay para qué precipitar... los hechos... cuando...

DON RAMON.

¡Ah! (Adivinando á su hija y aparte.)

ANTONIO.

(Herido en el fondo de su alma.) Basta. He venido á dar este paso contando con tu asentimiento.

CLOTILDE.

Pero si... yo...

ANTONIO.

Siento haberme equivocado. (Saluda y váse.)

ESCENA VI.

CLOTILDE y DON RAMON.

DON RAMON.

Me has engañado, Clotilde; tú no amas á Antonio.

CLOTILDE.

Sí, papá, le amo; pero tus observaciones han influido sobre mí de un modo...

DON RAMON.

Que no me explico. Porque si yo al presentártelas he tratado de sondearte para analizar la solidez de tu amor, tú debiste rechazarlas cuando para ello te expuse que la fuerza de la pasion puede neutralizar los efectos de la forma. Tu proceder es poco digno, mayormente cuando se trata de un pobre muchacho que busca en tí consuelo para su aflictiva situacion.

CLOTILDE.

Pero tú me aconsejaste...

DON RAMON.

Yo no te he aconsejado nada; expuse mis razones para darle á entender á Antonio que tu cariño le debia satisfacer, cuando atropellabas por todos los inconvenientes, y ver al propio tiempo si obedecias á este sentimiento ó acariciabas una simple quimera. Desgraciadamente he sorprendido lo último.

CLOTILDE.

No; yo le amo y soportaria los errores de su padre; pero tú mismo dices que para contrarestar las burlas del mundo se necesita una fuerza superior.

DON RAMON.

Enhorabuena que diga eso yo, que ninguna compensacion recibo; ¡pero tú que á cambio de atropellar por una pueril preocupacion vas á adquirir la felicidad de toda tu vida!...

CLOTILDE.

A tanta costa...

DON RAMON.

Has hecho bien. Veo que no amas á Antonio, y hubieras sido poco feliz; pero tambien contemplo con mucha pena, que porque tu padre tiene cuatro sillas tapizadas y se ha esmerado en tu educacion, has dado al olvido que eres pobre y se ha apoderado de tí el orgullo.

CLOTILDE.

No, papá.

DON RAMON.

Sí, el orgullo; temes que te señalen con el dedo, y el amor propio, la vanidad ha sucedido á lo que llamabas

equivocadamente cariño. En fin, yo me tengo la culpa, pero es muy triste tocar un resultado tan distinto del que me proponia al educarte así.

ESCENA VII.

DICHOS Y EL SEÑOR RAMON.

SEÑOR RAMON.

(Como hablando al paño con Antonio.) Tú espérame ahí en el despacho y chito.

DON RAMON.

(A Clotilde.) ¿Ves? ya viene su padre á pedirme cuentas.

CLOTILDE.

(¡Qué he hecho, Dios mio!)

SEÑOR RAMON.

Señorita Clotilde, haga usted el favor de dejarnos solos.

CLOTILDE.

Papá...

DON RAMON.

Vete. (A Clotilde.)

ESCENA VIII.

DON RAMON Y EL SEÑOR RAMON.

SEÑOR RAMON.

¿Usted se ha figurado que mi hijo es hijo del verdugo? (Toda la escena la dice el señor Ramon alborotado.)

DON RAMON.

No señor.

SEÑOR RAMON.

Pues sepa usted, que su padre es un hombre muy honrado que suda la gota gorda para ganarse el pan que come, y que tiene un corazon que se lo juega con el de todos los ricos juntos.

DON RAMON.

Señor Ramon, si es que ha venido usted con ganas de armar camorra, le advierto que no estoy de humor de oir sandeces.

SEÑOR RAMON.

¡Qué sandeces! no señor, son cosas muy sérias. Usted le ha negado á mi hijo el consentimiento para su boda; y si es que se ha figurado que es algun perdido, sepa usted que á su padre no le faltan cuarenta mil duros para que ponga carretelas y se dé tono; porque como los he ganado muy honradamente...

DON RAMON.

Nadie le ha negado ni concedido consentimiento alguno; se le han expuesto simplemente ciertas razones, que no le dan á usted derecho á que se sulfure de ese modo.

SEÑOR RAMON.

¡Digo!—¡Que no tengo derecho! Sí señor, yo tengo derecho á todo, lo mismo que usted, porque como dice mi periódico, todos los hombres somos iguales.

DON RAMON.

Su periódico de usted no puede decir una atrocidad, y lo es el halagar los instintos populares con errores. Le dirá á usted que todos somos iguales ante la ley, pero no que usted, que tiene una zalea en la cabeza, vale tanto como yo que me he quedado calvo de estudiar. Y sobre todo, no le

enseñará á usted á exigir derechos mientras ignore la manera de cumplimentar sus deberes.

SEÑOR RAMON.

Oiga usted, es que yo no debo á nadie ni un céntimo, y soy un ciudadano honrado que tiene cuarenta mil duros de capital.

DON RAMON.

Pues yo no tengo más que cuarenta mil reales de sueldo, y tambien soy ciudadano honrado.

SEÑOR RAMON.

Es que yo puedo presentar mis manos llenas de callos y con mucho orgullo, porque soy un jornalero que come con su sudor, y un hijo del pueblo vale más que todos ustedes los aristócratas.

DON RAMON.

¡Siempre la maldita soberbia de la humildad! Hombre, cállese usted, que para ustedes los que no discurren, con tener las manos callosas, olor á sudor, no peinarse nunca y llevar las uñas ribeteadas como las tarjetas de luto, ya se tienen adquiridos títulos á la consideracion de todos. Pues sepa usted que yo, que me labo, que no sudo, que me peino y que no tengo callos más que aquí (Por la cabeza.) de estudiar, soy tan honrado, tan trabajador, tan digno, y tan pueblo como usted y como el aristócrata que sea útil á su país. Y haga usted el favor de que por una tontería no vayamos á perder una amistad que data de la infancia, y que tiene por cimiento el recuerdo de nuestros padres.

SEÑOR RAMON.

Es claro; usted algo ha de decir. Pero yo no olvido tan fácilmente la ofensa que á mí y mi chico nos han hecho. Algo creo que merece Antonio.

DON RAMON.

Es que entre hacerle concesion de lo que merece, y que usted me exija lo que no le corresponde, hay mucha distancia.

SEÑOR RAMON.

¡Ah! ¿No es digno de su hija de usted?

DON RAMON.

Si señor, lo es y mucho por lo que en sí vale; pero no lo es desde el momento que usted convierte en derecho propio el que sólo le asiste á su hijo.

SEÑOR RAMON.

Es que yo soy un jornalero honrado.

DON RAMON.

Sí, señor, y tiene usted cuarenta mil duros, ya me lo ha dicho; y lo primero le honra á usted más que lo segundo, pero como aquí adolecemos del defecto de hacer las cosas á saltos en lugar de ascender progresivamente, usted participando del vicio general, ha venido sin querer á motivar esta cuestion y ser la causa de la desgracia de su hijo.

SEÑOR RAMON.

¿Cómo que soy yo la causa de la desgracia de mi hijo?

DON RAMON.

Si señor, porque en vez de hacer de Antonio un industrial con conocimientos teóricos y prácticos para que él á su tiempo convirtiera á su hijo en un ingeniero mecánico, y de este modo se verificase progresivamente en las generaciones el desarrollo, le ha dado usted una carrera literaria, lo cual aplaudo, le ha obligado á respirar otra atmósfera, y tambien es muy laudable esta idea de progreso;

pero le ha separado usted de sí, y esto es lo altamente censurable, puesto que no ha tenido la prevision de irle siguiendo en su vuelo, y hoy le ve usted agitándose en un infierno de afectos contrarios, luchando con su ayer y bastardeando sus propios instintos para no dar á la naturaleza el espectáculo de un hijo que se avergüenza de su padre.

SEÑOR RAMON.

(Enfurecido.) ¿Qué está usted diciendo? ¡Avergonzarse Antonio de mí!

DON RAMON.

Si pudiera sin faltar á la ley natural, lo haria, si señor.

SEÑOR RAMON.

Ese si que es el mayor de los insultos. Sepa usted que mi hijo es feliz á mi lado.

DON RAMON.

Por necesidad, como el pájaro á quien le cortan las alas.

SEÑOR RAMON.

No señor, no, él no es orgulloso; porque no le he educado como usted á su hija que no tiene más que humo en la cabeza.

DON RAMON.

Sea orgullo lo de Clotilde, sea una abusiva satisfaccion de la educacion que ha recibido, lo cierto es que el complemento de su felicidad la tiene junto á mí, al paso que Antonio busca fuera de su casa lenitivo á su sorda pena.

SEÑOR RAMON.

Mentira. Mi hijo no cambiaria su posicion por la de un grande de España. Eso dígaselo usted á su hija, que algo

daria por tener un padre acaudalado como yo para satisfacer sus caprichos.

DON RAMON.

¿Qué dice usted?

SEÑOR RAMON.

Ella es orgullosa, sí señor; y lo prueba lo que acaba de hacer con Antonio. (Don Ramon se ensimisma como quien comprende á su pesar la razon de lo que le dicen.) Y usted que de tan recto y tan justo se precia, (Llorando.) debia ántes de herir á los demás en sus sentimientos de padre, castigarse á sí propio, cuando tanto motivo tiene para ello. Porque la culpa la tiene usted, sí señor, usted que la ha criado como una marquesa. En fin, Dios le perdone el daño que me ha hecho, y... hasta nunca...

DON RAMON.

Señor Ramon, el que mi hija sea orgullosa (Enternecido.) no destruye el que Antonio no viva feliz á su lado.

SEÑOR RAMON.

¡Me ha matado usted!

DON RAMON.

Como para usted las razones están demás...

SEÑOR RAMON.

Nunca hay razones para un padre. ¡Censurarme porque he tratado de que mi hijo sea algo en el mundo, ya que yo no he podido serlo! Pues hombre, ¿cómo se ha de adelantar entónces? No digo yo abogado, general me pareceria aún poco para él.

DON RAMON.

Señor Ramon, si usted supiese lo que son teorías, le diria

que como *principio* no puedo ni debo oponerme á una determinacion en que va envuelta la idea del progreso intelectual; pero que como *correctivo de un abuso*, protestaré siempre de ella enérgicamente, porque hacer que un niño adquiera instruccion sólo para halagar la vanidad paterna, y que este niño, ya hombre, en vez de agitarse en su elemento gima bajo la férula de la ignorancia, sopena de rebelarse contra el derecho natural, es tan censurable y digno de reproche, como si emplease usted veinte años de solícito afan en devolver la vista á un ciego de nacimiento para sacarle los ojos apenas tuviese idea de lo que es luz.

SEÑOR RAMON.

¿Y qué es lo que ha hecho usted con Clotilde?

DON RAMON.

No es lo mismo; hay una enorme diferencia en los efectos. Mi hija experimenta una abusiva satisfaccion, mientras que Antonio reclama una necesidad imperiosa.

SEÑOR RAMON.

En mi lenguaje, lo que tiene Clotilde se llama orgullo.

DON RAMON.

Lo sé y harto me pesa.

SEÑOR RAMON.

Entónces, ya que usted me echa en cara el haber separado de mí á Antonio, deje usted que le diga que Clotilde ha medido su posicion por el valor de sus trajes, y que usted la ha engañado dándola seda por percal.

DON RAMON.

Algo puede haber de verdad en ello; pero.....

SEÑOR RAMON.

No he concluido. Ya que supone usted que Antonio olvidaria todos los lazos que á mí le unen por cambiar de posicion, no extrañe usted que en justo desquite, suponga yo que Clotilde tampoco le ama á usted y que trocaria sus besos por un puñado más de oro con que comprarse blondas.

DON RAMON.

Señor Ramon, eso no es verdad.

SEÑOR RAMON.

Y por último, señor magistrado, ya que mi periódico dice que todos somos iguales ante la ley, no se divierta usted en hacerme añicos el corazon sin que tambien le alcance á usted alguna cuchillada.

DON RAMON.

Acaba usted de tocarme la fibra más sensible, la de la rectitud y la justicia. Íntima, inmensa es la amistad que nos une, y francamente, no quisiera que la perdiésemos, más que todo, porque para usted las teorías están demás, y quedaria sin convencerse de su error.

SEÑOR RAMON.

Enséñemelo usted prácticamente.

DON RAMON.

Pues bien, ya que todos somos culpables y necesitamos correctivo, voy á aprovechar este momento de vértigo, pues de otro modo me seria imposible, para probarle á usted con hechos prácticos que la educacion forma una segunda naturaleza, que sólo se satisface con los recursos que de ella misma dimanan.

SEÑOR RAMON.

¿Qué quiere usted hacer?

DON RAMON.

Valerme de mi exacerbacion para batirnos frente á frente como... como dos padres. ¿Quiere usted que nos sometamos á la prueba? ¿Confia usted en lo que yo haga?

SEÑOR RAMON.

¿Para convencerme de que mi hijo no se avergüenza de mí? Sí, señor.

DON RAMON.

Pues bien, vamos á pasar unas horas, sólo unas horas mortales; pero á todos nos reportará un inmenso beneficio.

SEÑOR RAMON.

Me asusta usted, Don Ramon.

DON RAMON.

Pronto, llame usted á su hijo. (Llamando.) ¡Clotilde, Clotilde!

SEÑOR RAMON.

(En el foro.) Tú, entra.

(Don Ramon está como vertiginoso y precipitando los sucesos por temor de retroceder.—El señor Ramon le contempla con extrañeza.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. CLOTILDE Y ANTONIO.

DON RAMON.

(Aparte, despues de titubear un instante.) (Debe ser.) (Alto.) ¡Hijos, venid acá! Por razones que no podemos revelaros aún, ni son ahora del caso, entrambos habeis estado viviendo en un error.

TODOS.

¡Cómo!

DON RAMON.

A todos nos será muy doloroso prescindir de antiguos y dulces hábitos, pero no hay más remedio. (Llevando á Clotilde á los brazos del señor Ramon.) Clotilde, este es tu verdadero padre.

CLOTILDE.

¡Ah! (Aterrada, mirando á Don Ramon, concluye por cubrirse el rostro con las manos.)

SEÑOR RAMON.

¿Qué?

DON RAMON.

¡Antonio, hijo mio! (Abrazándolo.)

ANTONIO.

¿Cómo? ¡Usted!...

SEÑOR RAMON.

(Aparte á Don Ramon.) Pero Don Ramon... esto... es muy duro.

DON RAMON.

(Descansando de la lucha y aparte al señor Ramon.) (Ya está hecho.)

SEÑOR RAMON.

(Es que... esta lucha...) (Aparte á Don Ramon.)

DON RAMON.

(Aparte al señor Ramon.) Se llama la lucha del error con la verdad. Adelante.

ANTONIO.

(Desde el momento de la revelacion está ensimismado, como quien busca la explicacion racional de lo que ocurre, y por último, adivinando la verdad, exclama aparte.) ¡Ah!... ¡Sí!... Todo lo comprendo. Ahora yo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa uno de los cuartos interiores de casa del señor Ramon. Puertas laterales y en el foro, algunos lienzos de la pared adornados con herramientas y útiles de carpintería. Casi en el centro del proscenio una camilla, con su mantel, vajilla ordinaria, dos cubiertos de plata, una botella con vino, un jarro con agua, dos vasos. y un plato con aceitunas. El resto del mueblaje en perfecta armonía con el carácter general de la habítacion.

ESCENA PRIMERA.

Clotilde, muy abatida, se encuentra sentada á un lado del proscenio. mientras Robustiana se ocupa en acabar de poner la mesa. Robustiana vestirá una saya de arpillera recogida atrás, un jubon con los brazos remangados, y un delantal de lienzo crudo. El resto de su tocado y su manera de hablar, trascenderán á la Alcarria; de modo que el conjunto sintetice una criada de siete pesetas mensuales.

CLOTILDE y ROBUSTIANA.

ROBUSTIANA.

A fe á fe que va usted á tener una comida que ni una princesa. ¡Yo no sé las cosas que ha traido el señor Ramon! Miste, solo de pluma son cuatro piezas, ¡y qué hermosas! La gallina quita un pesar: sus mantecas parecian las de un pavo. ¡Pues no digo nada de la ternera! todo sin hueso; cada magra es así, perdonando el modo de señalar. (Señalando la mano por la muñeca.) No, no; lo que es para un dia que la convida á usted, bien ha echado la casa por la ventana.

CLOTILDE.

(Aparte.) (¡Un dia!)

ROBUSTIANA.

¡Pero está usted triste! ¿La duele á usted algo?

CLOTILDE.

No, Robustiana; estoy bien.

ROBUSTIANA.

Sí, sí, bien, y las lagrimitas se la caen sin sentir. ¿Es que su papá no la deja tener amores?

CLOTILDE.

No. (Con indiferencia.)

ROBUSTIANA.

¿Es que no ha tenido noticias del novio?

CLOTILDE.

¡Robustiana!

ROBUSTIANA.

Pues ello es algo. ¿Es que no la gusta á usted el arroz con almejas, que tenemos hoy?

CLOTILDE.

No insista usted en sus preguntas, porque todo será inútil.

ROBUSTIANA.

Miste, yo lo hago por su bien; porque, pongo por caso, una no vale nada; pero á veces, puede servir de algo; y...

CLOTILDE.

Le agradezco á usted mucho su interés.

ROBUSTIANA.

Pues no tiene usted más que decirme esto tengo, y yo...

CLOTILDE.

Cuando callo mis pesares, es porque no quiero que se sepan; y áun cuando no fuese así, debe reflexionar que no iria á hacerla á usted confidente de ellos. Haga usted el favor de dejarme sola.

ROBUSTIANA.

Oiga usted, ya me voy. ¡Pues no tiene pocos humos! ¡Despues que una se mete en lo que no la importa por hacer un favor! ¡Vaya! ¡Pues bien rico es tambien mi amo y no tiene á ménos el contarme lo que le pasa todas las noches en la taberna!

CLOTILDE.

¡Robustiana!

ROBUSTIANA.

¡Ya me voy, ya me voy! (Aparte.) (¡Vamos! ¡el demonio de la mujer!)

ESCENA II.

CLOTILDE Y Á POCO ANTONIO.

CLOTILDE.

¡Qué diferencia! (Llorando.) ¡Todo me parece un sueño; y sin embargo, es la desnuda realidad! Imposible va á serme soportar esta existencia. (Viendo á Antonio.) ¡Ah! ¡Él!

ANTONIO.

¡Sola! Duéleme lastimar su corazon; mas no me es dado retroceder en mi camino. (Avanza lentamente hasta colocarse ante Clotilde, sin pronunciar una sola frase.)

CLOTILDE.

(Tras larga pausa.) Es la primera vez que una lágrima rueda por mi mejilla, sin que á contenerla acuda una palabra de consuelo.

ANTONIO.

¿Qué pena te aflige?

CLOTILDE.

Ninguna, tienes razon.

ANTONIO.

Cuando acabas de estrechar á un padre entre tus brazos; cuando debiera experimentar tu alma las más gratas emociones del amor filial, ¿pedir palabras de consuelo á un hombre que tanto sufre, una mujer que tambien conoce lo egoista que es el dolor?

CLOTILDE.

Antonio, si un sentimiento, que no puede caber en tí, te induce á acariciar la idea de unos nuevos lazos, yo protesto enérgicamente contra un proceder, que sin justificarse á mis sentidos, me hace añicos el corazon.

ANTONIO.

(Aparte.) Duda; pero conviene que por ahora ignore la verdad. En los errores de todos ellos debo cimentar mi obra de regeneracion.

CLOTILDE.

Respóndeme sin mentir. ¿Cuántos besos ha tenido tu boca para el que fué mi padre?

ANTONIO.

¡Clotilde!

CLOTILDE.

Ninguno.

ANTONIO.

Tus frases envuelven una sospecha que no debieras abrigar.

CLOTILDE.

Sí, en tanto que no me la destruyan.

ANTONIO.

¿Puedes suponer que nos abandonaran á las consecuencias de semejante revelacion sin un fundamento lógico? ¿Con qué fin? Esto es más inexplicable que tus dudas. Si el silencio de nuestros padres no se rompe, debemos acatar los hechos por sumision filial y por respeto á lo grave de la causa.

CLOTILDE.

¡Ay! Que tú no lloras con mis ojos, y la realidad parece mentira cuando no satisface nuestros deseos.

ANTONIO.

Sin embargo, todo conspira en corroboracion de la verdad. El cariño que esos dos hombres se profesan, bien ha podido servir de tumba al profundo secreto con que hoy venimos á darnos la explicacion de nuestras respectivas posiciones; tú recibiendo el beneficio de una educacion á que nunca podias aspirar, dadas las condiciones de tu verdadero padre, y yo agitándome en la atmósfera que al abrazar al mio habia de constituir necesariamente mi natural elemento.

CLOTILDE.

Podrá ser cierto cuanto dices; pero nada veo, porque

miro con los ojos arrasados de lágrimas. Todo, todo lo he perdido en un momento.

ANTONIO.

¿Por qué?

CLOTILDE.

Porque respiro un ambiente que no es el mio; porque la costumbre me daba calor en unos brazos que en vano la naturaleza se empeña en sustituir; porque, ¿á qué ocultarlo? Ya no puedo aspirar á tu cariño, cuando te amo más desde que, colocada en tu situacion, alcanzo á comprender los sufrimientos de toda tu vida.

ANTONIO.

(Aparte y con satisfaccion.) (Ya empiezo á recoger frutos. Adelante.) (Alto.) Dudas de mi amor y haces mal.

CLOTILDE.

(Llena de júbilo.) ¡Antonio! Piensa lo que dices, porque puedes hacerme mucho daño.

ANTONIO.

¿Has renunciado al tuyo por negarme tu mano hace unas horas?

CLOTILDE.

Nunca; pero olvida mis palabras; ignoraba lo que decia. ¿No me guardas rencor?

ANTONIO.

Tus sentimientos pueden ser en esta ocasion intérpretes de los mios.

CLOTILDE.

¿Cómo? Explícate.

ANTONIO.

Que no es tan fácil destruir un afecto que ha crecido con nosotros, infiltrándose en nuestro sér para formar parte de nuestra propia naturaleza.

CLOTILDE.

¡Ah! No.

ANTONIO.

Que no puede olvidarse en un solo dia el último beso de la niñez con que el rubor colorea el primero de la pasion desuniendo dos inocentes labios para juntar dos corazones amantes. (Con mucha emocion.)

CLOTILDE.

Jamás.

ANTONIO.

Jamás, aunque las circunstancias nos impidan darnos el título con que el amor se sanciona.

CLOTILDE.

¡Qué!

ANTONIO.

Que el cariño no es la conveniencia. Las iras del ridículo son difíciles de contrarestar, y hay que transigir con el mundo.

CLOTILDE.

¡Ah! ¿Eres vengativo?

ANTONIO.

No, Clotilde.

CLOTILDE.

Entónces, ¿te domina el orgullo?

ANTONIO.

(Muy poseido.) Es que el amor está hoy en razon directa de las jerarquías sociales, y los corazones cabalgan en el inflexible dedo con que la opinion pública señala nuestros actos. Es que la juventud, en vez de destruir los antiguos errores con nuevas ideas, es una planta parásita que absorbe el jugo de la caduca sociedad, y piensa, juzga y obra con el corazon, el criterio y las preocupaciones de una generacion que se va.

CLOTILDE.

Tus palabras son hijas del despecho.

ANTONIO.

¡Clotilde! (Con agitacion creciente hasta el fin de la escena.)

CLOTILDE.

¡Tú tambien me engañas!

ANTONIO.

No.

CLOTILDE.

Estais de acuerdo todos.

ANTONIO.

¿Puedes creer?..

CLOTILDE.

Niégamelo.

ANTONIO.

Nada sé.

CLOTILDE.

Júramelo.

ANTONIO.

Basta, Clotilde.

CLOTILDE.

No; júramelo por nuestro amor.

ANTONIO.

Pero...

CLOTILDE.

Por el santo recuerdo de tu madre.

ANTONIO.

Silencio, vienen.

CLOTILDE.

(Aparte.) (¡Ah! ¡No me ama!)

ESCENA III.

DICHOS Y EL SEÑOR RAMON.

SEÑOR RAMON.

¡Hijo, abrázame! (Echándose en brazos de Antonio.)

ANTONIO.

¡Padre!

SEÑOR RAMON.

Así, así, fuerte. Caramba, que parecia que me faltaba algo por unas horas que no te he visto.

ANTONIO.

¡Es tan natural!

SEÑOR RAMON.

¿Verdad, hijo? Porque yo no puedo dejar de darte este nombre.

ANTONIO.

Le asiste á usted un derecho de toda la vida.

SEÑOR RAMON.

¡Vaya si tengo derecho! Pero déjame, déjame que te mire. Me parece que te veo despues de un viaje muy largo, muy largo.

ANTONIO.

¡Mi buen padre!

SEÑOR RAMON.

(¡Cómo se llena la boca llamándome su padre! ¡Y que áun diga don Ramon!...) (Alto.) Otro abrazo, Antonio; otro. (Se abrazan.)

CLOTILDE.

¡Dios mio! (Dejándose caer en una silla.)

ANTONIO.

¡Clotilde!... (Señalando á Clotilde.)

SEÑOR RAMON.

(Aparte.) (¡Pobre muchacha!) (Alto.) Hija, bien puedes perdonarme; pero ya ves, tantos años juntos, y luego... el primer dia que nos hemos separado... Pero no tengas celos; tu padre te quiere mucho, y ya verás cómo con la costumbre del trato... (Aparte.) No sirvo yo para hacer de padre con hijos de otro.

CLOTILDE.

No se esfuerce usted en persuadirme; encuentro muy natural esa predileccion.

SEÑOR RAMON.

Pues entónces, sécate los ojos y vamos á comer, que ya debes tener hambre.

CLOTILDE.

No, gracias.

SEÑOR RAMON.

¿Por qué no comes con nosotros? Anda, sí, hijo, quédate.

ANTONIO.

Con mucho gusto lo haria; pero usted mismo comprenderá que hoy no me es posible.

SEÑOR RAMON.

Es verdad, paciencia.

ANTONIO.

Yo entre tanto haré la lista de los ejemplares que tengo que mandar de mi discurso.

SEÑOR RAMON.

¿Y el mio?

ANTONIO.

Prometí que sería el primero, y aquí está. (Entregándole uno que saca del bolsillo.)

SEÑOR RAMON.

Anda, anda, no han puesto los forros con grecas. ¡Y qué papel tan gordo! ¿Por qué no los han echado de ese que reluce? Tampoco han dorado las hojas como te dije. ¡Pues hombre! ¿si habrán creido que eres algun pobreton?

ANTONIO.

No, padre; es que... yo no me acordé de advertirlo en la imprenta... Hasta luego.

SEÑOR RAMON.

¿Pero es que ya te vas?

ANTONIO.

Aquí á mi cuarto. (Vase.)

SEÑOR RAMON.

¡Ah! bien. (Aparte.) (¡Qué buen mozo es mi hijo!) (Contemplándole.)

ESCENA IV.

CLOTILDE, EL SEÑOR RAMON, Á POCO DOÑA ALEJA, Y DESPUES ROBUSTIANA que entra y sale sirviendo la mesa segun lo indica el diálogo.

SEÑOR RAMON.

Vamos, Clotilde, vamos; ten reflexion, ó vas á hacerme creer que te pesa el haber sabido que eres mi hija. Anda, sécate las lágrimas y á comer.

CLOTILDE.

No, deje usted...

SEÑOR RAMON.

Sí, en seguida te voy dejando. (Obligándola á levantarse.)

CLOTILDE.

Pero si...

SEÑOR RAMON.

Ven, que aquí hablaremos. (Llamando.) ¡Robustiana! la comida. (Ocupa el señor Ramon el sitio de la mesa que da frente al público, y Clotilde se deja caer en la silla que hay á la derecha de aquél.)

CLOTILDE.

(Aparte.) (Es imposible.)

ALEJA.

Segun lo que he oido, llego á tiempo.

CLOTILDE.

(Aparte.) (¡Ah!)

SEÑOR RAMON.

Hola, Aleja; adelántate, siéntate. ¿Quieres pizcar algo?

ALEJA.

(Sentándose á la izquierda del señor Ramon, separada un tanto de la mesa.) Gracias, Ramon; ¿pero y esto? ¡Clotilde por aquí!

SEÑOR RAMON.

(Turbado.) Esto es... que... que su papá me prometió dejarla comer un dia conmigo, y... la tengo hoy convidada.

ALEJA.

¡Cómo! ¿á tu mesa?

SEÑOR RAMON.

Pues es claro. ¿Qué tiene eso de particular?

ALEJA.

No, nada. (Aparte.) (Buen convite va á tener la pobre niña...)

SEÑOR RAMON.

En cambio Don Ramon se me ha llevado á Antonio.

ALEJA.

¡Ah! ¿No come Antonio?... (Aparte.) (Aquí pasa algo.)

SEÑOR RAMON.

(Se escancia un vaso de vino que apura de una vez; y desdoblando una servilleta muy tiesa se limpia con ella repetidas veces, teniendo presente dejarla caer á menudo en el trascurso de la escena, y recogerla despues de pisotearla, para que al poco rato tenga toda la apariencia de una rodilla.) Ea; la introduccion.

ALEJA.

Hombre, ¿y no te hace daño el beber ántes de la comida?

SEÑOR RAMON.

¡Cá! ¡Si todos los dias me zampo yo una botella! Me gusta ponerme así alegrito cuando como; porque ¡qué demonio! bastantes penas tiene uno.

ALEJA.

Sí, bien hecho, bien hecho.

ROBUSTIANA.

(Con una cazuela que pone en la mesa.) A ver, ponga usted ahí un plato para que no se ensucie el mantel.

ALEJA.

(Por las trazas de la criada, y aparte.) (Anda, hasta criados con librea.)

SEÑOR RAMON.

Huele bien. (Sirviendo en un plato y dirigiéndose á Clotilde.) Usted avisará, señorita Clotilde.

CLOTILDE.

Gracias; no me sirva usted, no tengo ganas.

SEÑOR RAMON.

Es arroz con almejas.

CLOTILDE.

No importa.

SEÑOR RAMON.

¿De veras? (El señor Ramon se pone á comer tomando las almejas con los dedos, dejando las conchas sobre el mantel, y bebiendo vino sin cesar.)

CLOTILDE.

Sí, señor.

SEÑOR RAMON.

Pues que traigan el cocido.

CLOTILDE.

No, tampoco.

ALEJA.

(¡Pues señor, aquí pasa algo!)

ROBUSTIANA.

(Aparte.) (¡El demonio de la remilgada!)

SEÑOR RAMON.

(A Robustiana.) Pues mira, tráete el estofado de perdices. De eso sí que comerá usted.

CLOTILDE.

Créame usted, no tengo apetito.

SEÑOR RAMON.

Sí, sí; ya verá usted qué bien las hace ésta. Anda, Robustiana, tráete las chochas.

ROBUSTIANA.

(Aparte.) (¡Jesús! ¡Parece doña sin gustos!) (Váse.)

ESCENA V.

DICHOS MENOS ROBUSTIANA.

SEÑOR RAMON.

Mi hijo llama á ese guiso su plato *predilecto*.

ALEJA.

Sí, le tendrá *aficion.* (Clotilde se sonrie.)

SEÑOR RAMON.

Mucha. Vamos, que ya se rie la señorita Clotilde: ¡gracias á Dios! Que tenia una cara más mústia... Así, así la quiero yo ver á usted. Aún tomará usted un poquito de arroz.

CLOTILDE.

No; se lo suplico á usted.

SEÑOR RAMON.

Sí, sí. (Metiendo en la cazuela la misma cuchara con que come y disponiéndose á servirla arroz con ella.)

ALEJA.

(¡Chist! Espera, Ramon.) (Reparando en ello y aparte á Ramon.)

SEÑOR RAMON.

¿Qué?

ALEJA.

(Aparte á Ramon.) (Que sin duda *distraido* ibas á servir á Clotilde con la misma cuchara con que estás comiendo, y... no parece que está bien.)

SEÑOR RAMON.

(Titubeando.) Con la... sí... Pues mira, ha sido una distraccion.

ALEJA.

Por supuesto. Si sabrás tú...

SEÑOR RAMON.

Nada, distraido.

ALEJA.

(Tomando el ejemplar que está sobre la mesa.) ¡Hola! ¡El discurso de Antonio!

SEÑOR RAMON.

Sí; ya te regalaré uno.

ALEJA.

¡Ah! ¡es precioso! especialmente el final.

SEÑOR RAMON.

Aquello de «El hombre es perfectible.»

ALEJA.

Sí. (Volviéndolo á dejar sobre la mesa.)

SEÑOR RAMON.

Lo sé de memoria.

ALEJA.

(Intencionalmente.) Ya, ya lo veo.

SEÑOR RAMON.

Dí, ¿tú venias á cobrar el alquiler?

ALEJA.

Déjate, volveré otro dia.

SEÑOR RAMON.

Sí, porque ahora ya ves que estoy ocupado... (Reparando en Clotilde que quiere servirse agua del jarro.) ¿Qué quiere usted?

CLOTILDE.

Un poco de agua, si me hace usted el favor.

SEÑOR RAMON.

¿Agua? ¡cá! vino, vino. (Toma la botella y la escancia medio vaso; Clotilde impide que lo llene.)

CLOTILDE.

De veras; nunca le bebo.

SEÑOR RAMON.

Bueno; pero le va á usted á hacer daño. (Coge el vaso para tirar al suelo el vino por el lado de doña Aleja; ésta le contiene.)

ALEJA.

(Aparte á Ramon.) No, Ramon, espera; que *distraido* olvidas que cuando se come no se tira nada en el suelo.

SEÑOR RAMON.

En el... (Algo amostazado.) Si yo no le iba á tirar... ¡Pues hombre, si no sabrá uno lo que se ha de hacer! ¡Vaya! (Echa el vino en su vaso y llena de agua el de Clotilde.) Tome usted, señorita.

ALEJA.

(¡Jesus! la está haciendo pasar las penas del purgatorio; y á mí unas se me van y otras se me vienen.) (A Ramon.) (¿Pero cómo quieres que beba la criatura, si la sirves agua en un vaso que tenia vino?)

SEÑOR RAMON.

(A Aleja.) ¡Ah! ¿Tambien está mal hecho?

ALEJA.

(No; es de muy buen tono.)

SEÑOR RAMON.

(¡Y es verdad que no bebe!) (A Clotilde.) Qué, ¿no tiene usted ya sed?

CLOTILDE.

Sí, señor; pero espero á... tomar algo.

SEÑOR RAMON.

(Aparte á Aleja.) ¿Ves cómo no era eso? (A Clotilde ofreciéndole una aceituna que toma con los dedos y que manosea mucho.) Una aceituna. ¡Qué hermosas son! Mire usted, mire usted esta que dura.

ALEJA.

(Aguarda, Ramon.)

SEÑOR RAMON.

(¡Qué! ¿me he vuelto á distraer?)

ALEJA.

No, sino que me parece mejor esta otra. (Tomando una con el tenedor y presentándosela á Clotilde.)

CLOTILDE.

(Aceptándola.) Mil gracias.

SEÑOR RAMON.

(A Aleja incomodado.) Ya sé que se pinchan con el tenedor, pero no lo he hecho por no manchar á la señorita, porque (Queriendo tomar una con el suyo y desparramándolas todas.) ¿ves? saltan. (Siempre me sucede lo mismo.) (Como indignado consigo propio.)

ESCENA VI.

DICHOS Y ROBUSTIANA.

ROBUSTIANA.

A ver, haga usted el favor. (Introduciendo el plato de estofado por el lado de doña Aleja.)

ALEJA.

Voy á salir de aquí como una iglesia llena de lámparas. (Robustiana coge por el borde la cazuela de arroz y la retira; pero al servir las perdices, que lo hace al mismo tiempo con la otra mano, ladea el plato y vierte la salsa manchando los manteles y el discurso.)

SEÑOR RAMON.

Despacio, animal; ya me has manchado el discurso. (Limpia todo lo manchado con la servilleta.)

ROBUSTIANA.

¡Si están ustedes todos en un pelote!

ALEJA.

(¡Pobre servilleta!) (Nótase en el señor Ramon algun indicio de embriaguez.)

SEÑOR RAMON.

¡Si miraras lo que haces!

ROBUSTIANA.

¡Pues buen cuidado tengo!

SEÑOR RAMON.

Chito.

ROBUSTIANA.

¡Vaya! (Coloca sobre la cazuela los platos sucios para retirarlos, sustituyéndolos con otros limpios que toma de una pila que habrá en la mesa)

CLOTILDE.

(Despues de mirar el suyo con prevencion.) ¿Me querria usted hacer el favor de otro plato?

ROBUSTIANA.

Ese es limpio.

CLOTILDE.

Sí, pero...

ROBUSTIANA.

¿A ver que tiene? ¡Jesús! Por una miajica de nada... ¡Pues es usted poco asquerosa! (Tomando el plato.)

SEÑOR RAMON.

(Riñéndola.) ¡Robustiana!

ROBUSTIANA.

La pitimini esta...

SEÑOR RAMON.

(Tomándola el plato.) Traiga usted ese plato, insolente, y vaya usted á la cocina, si no quiere besar los hornillos de un bofeton. ¡Estamos bien! (Robustiana se va dando un respingo.)

ESCENA VII.

DICHOS MENOS ROBUSTIANA.

SEÑOR RAMON.

Perdone usted, hija, porque estas zafiotas no conocen la educacion, ni por el forro.

ALEJA.

(Aparte.) (Pero en cuanto él la dé unas lecciones...)

SEÑOR RAMON.

¡Digo! Aun tiene grasa de ayer. (Limpiando el plato con su servilleta y ofreciéndoselo á Clotilde.) Vamos, ya está limpio.

ALEJA.

(Que ha estado siguiendo con la vista los movimientos del señor Ramon, no pudiendo contenerse, se levanta cubriéndose la cara con las manos.) Adios, Ramoncito, adios.

SEÑOR RAMON.

¿Qué es eso? ¿Qué repente te ha dado?

ALEJA.

Ninguno, que me voy.

SEÑOR RAMON.

No, no, con franqueza, si es que hecho alguna barbaridad, dilo; ya que tú eres maestra de ceremonias.

ALEJA.

Pues bien. Sí, no puedo contenerme; acabas de cometer una indiscrecion de las de mayor calibre.

SEÑOR RAMON.

¿Por lo del plato?

ALEJA.

Precisamente.

SEÑOR RAMON.

Me parece que lo he limpiado con la servilleta.

ALEJA.

Suponiendo que esté bien hecho, que no lo está, no es lo grave que lo hayas limpiado con la servilleta, sino que sea esta la servilleta con que lo has limpiado. (Tomándola y

extendiéndola para poner de manifiesto las manchas.) Y francamente, convidar á tu mesa á una señorita, para darla en vez de convite una tortura, no creo que es obrar con prudencia.

SEÑOR RAMON.

¡Pues puede que se denigre!

CLOTILDE.

¡Por favor! (Suplicante.)

SEÑOR RAMON.

Está en casa de un hombre muy honrado.

ALEJA.

Siempre á vueltas con tu honradez, como si la honradez fuese patrimonio exclusivo de la ignorancia.

SEÑOR RAMON.

La amistad de su padre me da derecho.

ALEJA.

Ese es el error, que conoces y haces valer el *derecho* que te asiste á sentar en tu mesa á la hija de un amigo; pero ignoras el *deber* que tienes de tratarla con las consideraciones y la cortesía que su educacion exige.

SEÑOR RAMON.

¡Si llamas cortesía á esas monadas!

ALEJA.

¡Si tú llamas monadas á la cortesía!

SEÑOR RAMON.

Porque es asi.

ALEJA.

Calla, blasfemo. Las conveniencias sociales y la educacion hacen adquirir insensiblemente al hombre nuevos hábitos que concluyen por modificar hasta sus instintos, dentro de una nueva naturaleza.

SEÑOR RAMON.

Tú busca esto sano, (Por el corazon.) que lo demás...

ALEJA.

En fin, no nos podemos entender, nos separa un abismo insondable; pero es muy doloroso que cuando la clase humilde, á la que me honro de pertenecer, teniendo un fondo tan bello, podia aspirar á todas las consideraciones y respeto sociales, sin más que dar á su cabeza algo de lo que le sobra en el corazón, vea cercenados sus más legítimos derechos por faltar al cumplimiento de los deberes en que aquellos se cimentan.

SEÑOR RAMON.

No te entiendo.

ALEJA.

Pues más claro y en resúmen, que para mí siempre será un crímen que el hombre se contente con ser bueno, mientras puede ser mejor. He dicho. (Váse.)

ESCENA VIII.

CLOTILDE Y EL SEÑOR RAMON.

SEÑOR RAMON.

Es decir, que de nada sirve el que uno sea hombre de bien si no sabe hacer media docena de farsas.

CLOTILDE.

No es eso.

SEÑOR RAMON.

Que nada valen los buenos sentimientos, que importa poco que la madera esté podrida con tal de que la corteza nos disimule sus faltas.

CLOTILDE.

De ningun modo.

SEÑOR RAMON.

Pues explícamelo si sabes.

CLOTILDE.

Quiere decir que cuando los instintos son buenos ó están modificados, ya que no delitos, simples faltas corrige la educacion.

SEÑOR RAMON.

¿Cómo es, pues, que mi hijo no me ha echado jamás en cara ni la más insignificante?

CLOTILDE.

Porque, ó le ha enmudecido el respeto, ó tiene una gran superioridad para dominar sus inclinaciones.

SEÑOR RAMON.

No, porque esto, (Por el corazon.) es hermoso en él, y aunque nunca me ha llamado papá, sino padre, estoy seguro de que sin olvidar mi cariño, no le habrá negado á Don Ramon las caricias ni el nombre que en vano estoy esperando de tí.

CLOTILDE.

¡Dios mio!

SEÑOR RAMON.

Y hoy que más lo ambiciono, que por verte á mi lado satisfecha y feliz daria lo que me pidieran, que he hecho todo cuanto sé para conseguirlo, porque parece que me haya jugado la vida en ello.

CLOTILDE.

¡Padre! (Acercándose llorosa.)

SEÑOR RAMON.

No, eso es mentira.

CLOTILDE.

Y bien, ¿prefiere usted que le engañe? ¿Cree usted posible que olvide en un momento todo mi pasado? ¿Es por ventura la de Antonio mi situacion?

SEÑOR RAMON.

Pues puede que la envidies.

CLOTILDE.

¡Ay padre! que la salud no la aprecia más que el enfermo, y usted no ha perdido la suya.

SEÑOR RAMON.

Pero mi hijo....

CLOTILDE.

Se agita en la atmósfera que constituye su verdadero elemento, y rota la valla que limitaba sus legítimas aspiraciones, cede hoy al orgullo para rechazar mi amor, y no conservar acaso para usted más que un sentimiento de gratitud.

SEÑOR RAMON.

¡Mentira!... Mira, Clotilde, te perdono que no me ames, que me odies, todo menos lo que supones de mi hijo.

CLOTILDE.

¿Y cómo no creerlo si me desprecia, siendo el amor el único lazo que separa á los hijos de los padres?

SEÑOR RAMON.

(Vertiginoso.) Puede que por venganza....

CLOTILDE.

No, ensoberbecido.

SEÑOR RAMON.

¡Imposible!

CLOTILDE.

¿Pues por qué si yo dudo, á despecho de la naturaleza, no duda él?

SEÑOR RAMON.

¡Qué! ¿Antonio?

CLOTILDE.

Cree...

SEÑOR RAMON.

Basta.

CLOTILDE.

Ansía engañarse á sí propio.

SEÑOR RAMON.

(Fuera de sí.) ¡Clotilde!

CLOTILDE.

(Aterrada.) ¡Ah!

SEÑOR RAMON.

No puede ser. ¡Si me llamó su padre! (Serenándose.)

ESCENA IX.

DICHOS Y DON RAMON.

CLOTILDE.

(Corriendo á los brazos de Don Ramon y aparte) (¡Ah! Papá de mi alma, por lo que más ames en el mundo, llévame al instante de aquí, te lo suplico de rodillas.)

DON RAMON.

(Cálmate, hija mia; estás junto á mí, y puedes libremente dar suelta á tu quebranto.)

CLOTILDE.

(Pues bien, salgamos de esta casa y yo te explicaré.)

DON RAMON.

(Espera.) (Aparte.) (Hemos ido demasiado léjos, pero el deber de un padre es corregir los defectos de sus hijos.) (Alto.) ¡Señor Ramon!

SEÑOR RAMON.

(Secándose una lágrima.) ¡Eh! ¿Qué?

DON RAMON.

Está usted lloroso. ¿Qué le pasa?

SEÑOR RAMON.

¿Qué quiere usted que tenga? (Buscando pretexto á su verdadera afliccion.) Que no es nada grato para un padre que encuentra á su hija, el ver que á ésta no le satisface su cariño.

CLOTILDE.

¡Dios de mi alma!

DON RAMON.

¡Qué! ¿Clotilde?...

SEÑOR RAMON.

Sí, señor, Clotilde me ha pagado con la más negra de las ingratitudes el amor con que ha sido recibida; y usted, usted solo sabe si yo tenia interés en que le fuesen agradables mis brazos. Calcule usted lo que habré hecho para conseguirlo. Yo me he ido á la plazuela y he traido lo mejor que he encontrado para que nada echase de ménos en la mesa; yo me he esmerado en todo, y no señor, de nada ha servido.

CLOTILDE.

(Llorando.) Ya le he dicho á usted... que la costumbre... el trato... modificarian el efecto de la impresion, pero que olvidar en un momento...

SEÑOR RAMON.

No, es que la educacion te ha hecho esclava de las exterioridades, y el orgullo se te ha comido el corazon.

DON RAMON.

(¡Ah!) (Aparte.)

CLOTILDE.

(Llorando.) Nunca.

SEÑOR RAMON.

Y por recuperar los muebles y los cachivaches que te rodeaban, me dejarias ahora mismo.

CLOTILDE.

¡Oh!

DON RAMON.

Señor Ramon, eso no es posible. (A Clotilde.) ¡Abandonar

á tu padre, cuando despues de tantos años de silencio te estrecha entre sus brazos para llamarte por primera vez su hija!

CLOTILDE.

Ya no puedo más. ¿Y qué razon hay que justifique ese silencio? ¿Por qué si un dia habia de romperse, hacerme alimentar ilusiones que hoy veo desvanecidas? ¿Por qué, en fin, una vez roto, no darme la explicacion á que con tanto derecho me juzgo? (Con mucha dignidad.)

DON RAMON.

(¡Eh!) (Aparte.)

SEÑOR RAMON.

(Viendo que Clotilde se dirige á él.) Por... eso que lo diga Don Ramon.

DON RAMON.

Si tú... (Titubeando.) la exiges, no... no se te puede negar... pero para ello, tal vez tengamos que evidenciarte faltas que nos rebajan á tus ojos...

CLOTILDE.

(Humillada y dignamente.) Basta. Los padres son el Evangelio de los hijos, donde una sola duda mataria la fe. No debo saber más. (Váse.)

DON RAMON.

(Aparte.) (¡Hija mia!)

SEÑOR RAMON.

(Aparte.) (¡Hombre! ¡Me ha gustado!) (Con satisfaccion.)

ESCENA X.

DON RAMON Y EL SEÑOR RAMON.

DON RAMON.

¿Lo está usted viendo, señor Ramon?

SEÑOR RAMON.

Lo que yo veo es que me ha pillado usted de sorpresa, pues de otro modo no es posible que me hubiera usted hecho dar un paso tan atrevido.

DON RAMON.

Verdaderamente hemos obrado con precipitacion exponiéndonos á graves consecuencias; pero una vez dominado el efecto de la impresion, debemos ir adelante, porque el problema que tratamos de resolver, bien merece por su importancia un pequeño sacrificio.

SEÑOR RAMON.

Pero Don Ramon, es demasiado duro estar viendo llorar á una hija y no confesarle el engaño.

DON RAMON.

Clotilde es orgullosa, me dijo usted, y como en ello pudiera haber algun fondo de verdad, quiero corregirla de este defecto, para que sepa apreciar mejor despues lo que vale la educacion y cuáles son sus límites.

SEÑOR RAMON.

Eso está bien hecho.

DON RAMON.

Algo daria ella por tener un padre acaudalado como yo

para satisfacer todos sus caprichos, me dijo usted tambien; y los hechos vienen á demostrarle, señor Ramon, por las lágrimas de mi hija, que todo el oro del mundo no basta á sustituir un átomo de cultura.

SEÑOR RAMON.

No, Don Ramon, lo que es con eso no estoy conforme; ella misma lo ha dicho bien claro. No es posible perder en un momento la costumbre de toda la vida.

DON RAMON.

¡Ay! ¡amigo mio! que nosotros en un momento de vértigo hemos dado este paso sin calcular que necesariamente nuestros hijos nos exigirian una explicacion.

SEÑOR RAMON.

Sí, señor, ya lo sé.

DON RAMON.

Pero no ha reparado usted, sin duda, en que la exigencia ha partido de una mujer que ha apelado á ese último recurso de imaginacion ántes de abandonarse al desaliento de una realidad que le es repulsiva.

SEÑOR RAMON.

No señor, no; lo ha hecho porque era natural que se le ocurriera esa duda.

DON RAMON.

Pues si tan natural lo encuentra usted, ¿cómo se explica, que siendo Antonio el más difícil de engañar, dadas sus condiciones de hombre y de jurisconsulto, no haya formulado aún la menor queja?

SEÑOR RAMON.

Porque... no se le habrá ocurrido.

DON RAMON.

O porque teme provocar una explicacion que no le satisfaga, y destruya el encanto de una posicion que le halaga y que el misterio le da derecho á acariciar como legítima.

SEÑOR RAMON.

¡Don Ramon! (Exasperado.) Le advierto á usted que los sucesos de hoy, y la circunstancia de no haber comido apenas, han hecho que un poco que he bebido no me haya sentado bien; por lo tanto, haga usted el favor de no exasperarme, porque sin querer puedo cometer alguna barbaridad... y luego me arrepentiria.

DON RAMON.

Más que el arrepentimiento valdria la prevision.

SEÑOR RAMON.

(Reprimiéndose á pesar suyo.) Mire usted, deshagamos lo hecho y no tengamos un disgusto, Don Ramon.

DON RAMON.

Si está usted convencido ya...

SEÑOR RAMON.

¡Ca! eso no señor.

DON RAMON.

Si es que teme usted someterse á la prueba...

SEÑOR RAMON.

¡Qué! (Indignado.)

DON RAMON.

Porque desconfia del resultado.

SEÑOR RAMON.

¡Dudar yo de Antonio! Hombre, primero dudaria de Dios. Ahora soy yo quien dice « Adelante. »

DON RAMON.

Enhorabuena.

SEÑOR RAMON.

La herida ha de ser de muerte, porque la lucha es terrible.

DON RAMON.

Tanto, que es el resúmen de las luchas sociales; y entre usted y yo estamos compendiando la historia de la humanidad.

ESCENA XI.

DICHOS Y DOÑA ALEJA.

ALEJA.

(Desde el foro.) ¿Estorbo? ¡Señores!

DON RAMON.

(Aparte al señor Ramon.) (Disimulemos.)

SEÑOR RAMON.

(Aparte.) (¡Qué otra!) (Alto.) Adelante.

ALEJA.

Sentiria venir á interrumpir á ustedes.

DON RAMON.

Nada de eso, señora. Acaso mi presencia sea aquí la inoportuna.

ALEJA.

De ningun modo, puede usted oir lo que vengo á decir á Ramon.

SEÑOR RAMON.

¿Qué se te ofrece?

ALEJA.

Hombre, creo que ántes he estado contigo un poco inconveniente, y como el confesar un error no denigra, vengo á suplicarte que me dispenses aquel arranque involuntario de mi genio.

SEÑOR RAMON.

Si tú confiesas que me has faltado...

ALEJA.

Ramon, esa frase que yo he vertido parece de tan mal efecto repetida por tí...

SEÑOR RAMON.

Es que me faltaste.

ALEJA.

Pero...

DON RAMON.

Señores, aunque ignoro el motivo...

SEÑOR RAMON.

Todo ha sido que...

ALEJA.

(Interrumpiéndole.) Permítanos usted que le ocultemos la causa.

DON RAMON.

Respeto esa decision. Iba á decir que ciertas discordias

no pueden tener cabida entre antiguos amigos, y ustedes, segun creo, lo son.

SEÑOR RAMON.

Mire usted, á los dos años de viudo yo, puso esta la taberna en la esquina.

DON RAMON.

Pues ya ve usted.

ALEJA.

Y que nuestra amistad, aunque no cultivada por un trato constante, ha sido siempre sincera.

SEÑOR RAMON.

No digas eso, porque bien hubo una época en que no salíamos vivos ni muertos de tu casa Antonio y yo.

ALEJA.

(Sonriendo.) Ya, sí; cuando los chicos se hacian corrococos y pensábamos emparentar.

DON RAMON.

¡Ah! Yo ignoraba!... Pues hubiesen hecho una deliciosa pareja.

ALEJA.

En honor de la verdad, no crea usted que dejaba de halagarme.

SEÑOR RAMON.

¡Yo lo creo! ¿Qué más hubieras tú querido?

ALEJA.

Hombre, me parece que la desventaja tampoco hubiera estado de tu parte.

SEÑOR RAMON.

Pues que; ¿se te figura que yo hubiera dado mi consentimiento?

ALEJA.

¿Por qué no? (Extrañada.)

SEÑOR RAMON.

¿Pero lo dices formalmente?

ALEJA.

Sí.

DON RAMON.

(Con alegría.) (Le presiento.)

SEÑOR RAMON.

Ja! ja! ja! (Riendo.) Vaya, vaya, que vosotros los que os remontais asi como los globos, teneis unas pretensiones! ¿Pues te parece á tí que yo iria hacer de Antonio todo un señor abogado, y darle la posicion que tiene para que se casara con tu hija?

ALEJA.

Pero...

SEÑOR RAMON.

¿Con la hija de una tabernera?

DON RAMON.

(Aparte.) (Ya está ahí.)
(Doña Aleja se reprime.)

SEÑOR RAMON.

Vamos, calla mujer, calla.

ALEJA.

Haciendo caso omiso de lo que otra tomaria por un insulto, debo decirte que si tú has hecho de Antonio un abogado, yo he hecho de mi hija una mujer virtuosa y perfectamente educada para que todos la guarden respeto; y que en cuanto á mí he ganado como tú la subsistencia honradamente, con la ventaja sobre tí de no ignorar las conveniencias sociales.

SEÑOR RAMON.

Calcule usted (A Don Ramon.) el papel que haria el chico con sus buenas relaciones y con...

DON RAMON.

¿Tiene usted por ahí su periódico?

SEÑOR RAMON.

¿Para qué?

DON RAMON.

Para que me leyera usted aquello de que todos somos iguales.

SEÑOR RAMON.

¡Ah! Ya sé por donde va usted; pero en esta ocasion maldita la razon que tiene.

DON RAMON.

Huella usted sus principios.

SEÑOR RAMON.

(Trabucándose.) No señor, porque mi hijo... No es que yo me oponga, sino que ya ve usted... sus conocimientos. Y luego Aleja.

DON RAMON.

Usted divaga. Se trabuca.

SEÑOR RAMON.

¡Ca! á mí no me envuelve usted, no señor; porque lo cierto es... (Excitado.)

DON RAMON.

Que usted desprecia las gerarquías sociales que no están á tiro de su mano, y promulga comodaticiamente las que consigo se relacionan.

SEÑOR RAMON.

Es claro, usted con sacar cuatro palabrotas de esas que nadie entiende.... (Desconcertado.)

DON RAMON.

No es culpa mia si usted las ignora.

SEÑOR RAMON.

No, si yo las entiendo; ¡vaya! Pero es el caso que...

DON RAMON.

Que usted con su ignorancia ha insultado á una señora que sabe más que usted, cuando suya, y muy suya, debiera ser la honra de que ella se dignara aceptar esos lazos de parentesco.

SEÑOR RAMON.

Así, así, fuerte, ¡cómo se conoce que usted ve los toros desde la barrera! A fe que no diria usted eso si se tratara de un hijo suyo.

DON RAMON.

Lo mismo.

SEÑOR RAMON.

¿Lo mis...? ¡Ca hombre! ¡ea hombre! ¿qué habia usted de decir?

DON RAMON.

Siempre.

SEÑOR RAMON.

¡Pues! ¡Y con sus humos!

DON RAMON.

Señor Ramon. (Agriamente.)

SEÑOR RAMON.

(En un rato de fascinacion.) Pues ea, Aleja, Antonio no es mi hijo.

DON RAMON.—ALEJA.

¡Qué!

SEÑOR RAMON.

Es hijo de este señor.

DON RAMON.

(Aparte.) Imprudente.

SEÑOR RAMON.

(Aparte.) (Que se las componga como pueda.)

ALEJA.

(Aparte.) (¡Cosa más rara! Ahora me explico por qué Clotilde...)

DON RAMON.

Veo con disgusto que no se ha alimentado usted en proporcion de lo que ha bebido y el alcohol ha hecho su efecto.

SEÑOR RAMON.

(Sobrecogido y aparte.) (¡Qué! ¿Será verdad?)

DON RAMON.

Pero toda vez que usted imprudentemente ha revelado este secreto de familia, cuya explicacion no nos es posible dar, señora...

ALEJA.

(Se sienta á la mesa y hojea el discurso de Antonio.) Yo respeto...

DON RAMON.

(Al señor Ramon.) Voy á cumplirle á usted la satisfaccion que me ha pedido. Sepa usted que amándose entrambos, no dudaria un momento en bendecir esa union: porque si usted erróneamente ha supuesto que la alcurnia de la persona influye en mí, debo decirle que sólo reconozco dos denominaciones en el órden gerárquico: luz, y oscurantismo; jornaleros de la inteligencia y magnates de la ignorancia.

SEÑOR RAMON.

¡Basta, basta ya! Es demasiado sufrir. (Llamando.) ¡Clotilde! ¡Antonio!

DON RAMON.

¿Qué va usted á hacer?

SEÑOR RAMON.

Quiero respirar.

DON RAMON.

¿Le faltan á usted las fuerzas?

SEÑOR RAMON.

He dicho adelante, y lucharé hasta sucumbir.

ESCENA XII.

DICHOS, CLOTILDE Y ANTONIO.

SEÑOR RAMON.

Hijos, acercaos. Aquí estamos sufriendo todos un tormento infinito, y siquiera por caridad debemos darnos algun consuelo.

TODOS.

¿Qué?

SEÑOR RAMON.

Que la situacion es violenta, que poco á poco nos será ménos sensible el cambio, y que callando todos lo que sabemos, decidimos volver á recobrar nuestros lazos antiguos.

CLOTILDE.

¡Ay; sí, sí, papá de mi alma!

ALEJA.

(Aparte.) (¡Es incomprensible esto!)

DON RAMON.

¿Ve usted toda la elocuencia de esa alegría? (Al señor Ramon por su hija.)

SEÑOR RAMON.

(Aparte á Don Ramon.) (Es natural... la costumbre... Verá usted mi hijo.)

DON RAMON.

(Aparte.) (No ve.)

SEÑOR RAMON.

Antonio, mis brazos te esperan.

ANTONIO.

(Voy á herir su corazon, pero es preciso.)

SEÑOR RAMON.

(Asombrado.) ¿Qué es eso? ¿callas?

ANTONIO.

¡Padre!

SEÑOR RAMON.

Pronto.

ANTONIO.

Mi gratitud, mi reconocimiento hácia usted serán eternos; pero los vínculos que acabo de estrechar son indestructibles.

SEÑOR RAMON.

¿Qué? (Vertiginoso.)

ANTONIO.

El deber de un hijo es no abandonar á su padre.

SEÑOR RAMON.

(Llorando.) Pero si tu padre no es...

DON RAMON.

(Aparte á Ramon.) (Silencio, desgraciado.)
(Todos contemplan absortos la escena.)

SEÑOR RAMON.

Es decir, que de nada sirven los afanes de toda la vida, los desvelos de mi cariño, los sacrificios que tan á gusto llevé á cabo por labrar tu corazon para mí, para mí solo. ¡Oh ingratitud! ¡Oh perfidia! ¿Y estos son los hijos, este es el pago que nos dan en la vejez?... (Fuera de sí toma de la mesa un cuchillo, y se avalanza á Antonio esgrimiéndole.) ¡Miserable! (Todos le contienen.)

CLOTILDE.

¡Padre!

ALEJA.

¡Ramon!

ANTONIO.

¡Ah!

DON RAMON.

¡No!
(Estas cuatro exclamaciones deben decirse simultáneamente.)

SEÑOR RAMON.

(Sin querer mirarle.) Vete, idos; dejadme solo.

DON RAMON.

(Llevándose á Antonio.) Antonio, ¿qué has hecho?

ANTONIO.

(Aparte á Don Ramon con intencion.) Dentro de poco lo sabrá usted.

DON RAMON.

¡Hija! (Indicándole que le siga.)

CLOTILDE.

Mi puesto está aquí.

DON RAMON.

Vamos. (Obedece lo que su hija decide, y tomando á Antonio de la mano, gana con él el foro.)

ESCENA ÚLTIMA.

EL SEÑOR RAMON en la silla que ocupó Doña Aleja en la escena IV, CLOTILDE en el centro de la mesa, y DOÑA ALEJA á su derecha.

SEÑOR RAMON.

¡Se olvida de mí! ¡me deja! ¡Yo me ahogo, me ahogo! (Clotilde va á dar al señor Ramon un vaso de agua, pero Aleja se anticipa y le presenta uno con vino, que Ramon toma.)

ALEJA.

Toma, bebe. (Le observa mucho, porque se propone un fin.)

SEÑOR RAMON.

(Hecho un mar de lágrimas.) ¿Con que es decir que la voz de la naturaleza es muda, que le aleja de mí la soberbia, que me le roba el orgullo?

ALEJA.

No, Ramon; tú le separas de tu lado.

SEÑOR RAMON.

¿Yo?

ALEJA.

Tú, cuyos hábitos no son los suyos; tú, que al sacarle á volar á otro espacio, no has remontado tu vuelo para seguirle de cerca; tú, que envuelto en la corteza de la honradez, no has dejado paso á los pequeños detalles de la forma, que como un abismo insondable te dividen de tu hijo; tú, en fin, que de memoria recitas este fragmento sin encontrar en él mas que un juego de palabras. (Aleja lee

el último párrafo del discurso de Antonio. El señor Ramon, conmovido, indica con su fisonomía que por vez primera aprecia su intencion; y Clotilde, espiando sus movimientos, deja correr su llanto.)

« El hombre es perfectible, y su perfeccion la meta á que deben converger todas sus aspiraciones como cumplimiento de su mision sobre la tierra. Destrúyanse los malos instintos al calor de la educacion social, y yo os prometo que los códigos morirán de inaccion. Vea yo convertidos en escuelas todos esos templos donde se rinde culto á la embriaguez, y os juro que la pena de muerte correrá avergonzada á sepultarse en el panteon de los anacronismos. Porque reasumiendo; tal es el dominio de la inteligencia sobre la ignorancia, que los libros, vistiendo la honrosa toga de la magistratura, forman los tribunales donde se analiza la gota de vino que rebosa al fermentar en el cerebro: (El señor Ramon mira con horror el vaso que tiene en la mesa.) gota que acaso es la única capaz de dirigir la mano del más grosero de los criminales, y á quien (El señor Ramon se fija en el cuchillo que aún lleva en la mano.) la ley señala tambien con el más denigrante de sus dictados. ¡El parricida!» (El señor Ramon desde que se fijó en el cuchillo, deja el vaso sobre la mesa y va levantándose sobre la silla, contemplando el arma con febril ansiedad, y al oir «¡El parricida!» la arroja de sí con vertiginosa repulsion.)

SEÑOR RAMON.

¡El parricida! ¡Sí! ¡yo! (Se le ve tragar con dificultad; Doña Aleja le brinda de nuevo con el vino mirándole de hito en hito.)

ALEJA.

Bebe, bebe.

SEÑOR RAMON.

(Toma el vaso, y al llevárselo á la boca le mira, le rechaza, y anegado en llanto y suplicante dice á Aleja.) No, ¡agua, agua! (Aleja le da el vaso de agua.)

CLOTILDE.

¡ Padre mio! (Echándose en sus brazos.)

ALEJA.

(En el colmo de la alegría y estrechándole las manos.) ¡ Bien, Ramon; bien! Ya vas comprendiendo lo que es un eclipse.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el primero.

ESCENA PRIMERA.

DON RAMON.

Allí está mudo y reflexivo. Es natural; su conciencia se rebela contra su conducta, que no obstante de lisonjear mi amor propio, me entristece porque me hace descubrir una verdad desgarradora, que el orgullo es su sentimiento que obedece á la menor pulsacion de su fibra, y del cual hacemos tributarias á las demás manifestaciones de nuestra sensibilidad. Esta situacion es insostenible; á mí propio me hace daño, y es fuerza ponerle término en gracia siquiera de ese desventurado padre víctima de sus errores. ¡Ah! ¡él! con mi hija!

ESCENA II.

DICHO, CLOTILDE Y EL SEÑOR RAMON, que entran muy abatidos; éste enjuga una lágrima que se le salta al entrar.

DON RAMON.

¡Vamos, señor Ramon!

SEÑOR RAMON.

No, deje usted, no es nada; sino que al entrar aquí me he acordado de lo feliz que era hace unas horas, y sin querer se me han saltado las lágrimas. (Dominándose.) Ea, ya pasó.

DON RAMON.

Crea usted que, á poder evitar su llanto. lo haria á costa del mayor sacrificio.

SEÑOR RAMON.

Lo creo, Don Ramon, lo creo; pero qué hacer... las cosas deben tomarse conforme vienen, y en las penas, en las aflicciones es cuando se ve la grandeza de alma.

DON RAMON.

¿Y á qué hacer ahora ese alarde que usted califica de superioridad, cuando el dolor está pugnando por asomarse á los ojos? Llore usted, hombre, llore sin avergonzarse, y alivie de ese peso al corazon.

SEÑOR RAMON.

(Llorando.) Pues bien, sí señor, tengo herida el alma; y aunque el llanto no consuela, al ménos desahoga.

CLOTILDE.

(Al señor Ramon.) Padre, padre, salgamos de aquí; yo debo oponerme á los designios de usted.

DON RAMON.

¿Cómo?

SEÑOR RAMON.

Nunca.

CLOTILDE.

Trata usted de imponerse un nuevo martirio obligándome á cometer una falta que nunca me perdonaria.

DON RAMON.

¿Pero qué es ello?

CLOTILDE.

Que soy harto débil para someterme á tan duras pruebas; que mi razon se extravia en averiguacion de una conducta que cuadre á mi situacion; que decidida á cumplir con los deberes que la naturaleza me dicta, se me niega hasta el derecho de enjugar unas lágrimas que yo misma he provocado; que esta lucha, en fin, es inhumana y voy á volverme loca.

DON RAMON.

Por favor, hable usted ó hablo yo.

SEÑOR RAMON.

Don Ramon, si un hombre que se llamó mi hijo, por quien he velado veintitres años, con quien he compartido todas mis alegrías, y á quien he callado todos mis pesares, me rechaza hoy, y es desgraciado por causa mia, segun dicen ustedes, no quiero que sean dos á maldecirme. A mí un poco más de pena, no me ha de matar. Déjenme pues sufrir solo, devolviéndole á usted esta pobre criatura que será muy feliz á su lado.

DON RAMON.

¡Señor Ramon!

CLOTILDE.

Padre, no le comprendo á usted. ¿Me llama su hija y quiere que le abandone en medio de su amargura? ¡Sufre usted por la decepcion de un hombre á quien sólo le liga-

ban los vínculos de la costumbre, y me rechaza espontáneamente á mí, á la única que tiene derecho á exigir de usted cariño! Dios me perdone la duda; pero usted no es mi padre.

SEÑOR RAMON.

¿Qué?

DON RAMON.

¡Clotilde!

CLOTILDE.

Aquí se abusa de mi sumision haciéndome víctima de un engaño incomprensible.

SEÑOR RAMON.

No, sino que... Pues bien, sábelo...

CLOTILDE.

¿Qué?

DON RAMON.

(Interrumpiéndole.) Retírate, Clotilde; déjanos solos un instante.

CLOTILDE.

No, hablen ustedes, por favor. (Con ansiedad.)

DON RAMON.

Más tarde, vete. (Aparte al señor Ramon.) (Ayúdeme usted.)

SEÑOR RAMON.

Sí, luego...

CLOTILDE.

Es que ..

SEÑOR RAMON.

Basta, te lo manda tu padre.

CLOTILDE.

¡Oh! (Cediendo al tono imperativo del señor Ramon.)

DON RAMON.

No, tu padre te lo suplica. (Besándole la frente con ternura.)

CLOTILDE.

¡Ay! (Reprimiendo un grito de alegría al comprender la verdad, y besando sin ser vista del señor Ramon las manos de su padre.) Ya soy feliz, obedezco. (Aparte á Don Ramon.) (Te has vendido, te has vendido.) (Vase.)

ESCENA III.

DON RAMON y el SEÑOR RAMON.

DON RAMON.

Ya lo está usted viendo, señor Ramon, las sospechas cunden, la situacion es cada vez más difícil, y á mí mismo me es violento sostenerla.

SEÑOR RAMON.

Mire usted, yo no veo más, sino que en pocas horas he perdido mi reposo y todo lo que más amaba en el mundo.

DON RAMON.

Pues bien, ya que está usted convencido de su error y suficientemente castigado, confesemos la verdad, y...

SEÑOR RAMON.

Poco á poco. ¿De qué me ha convencido usted?

DON RAMON.

Señor Ramon, es usted incomprensible.

SEÑOR RAMON.

Lo incomprensible es la conducta de usted, que por corregir el orgullo de Clotilde me expone á quedarme sin mi hijo, echando mano de una estratagema que no sé á qué ha venido.

DON RAMON.

Dígole á usted que nos hemos lucido con nuestra obra, si despues de tantos sinsabores no hemos de recoger el fruto.

SEÑOR RAMON.

Aquí no hay más fruto, sino que usted le negó á Antonio la mano de Clotilde.

DON RAMON.

Distingo. No se la negué ni se la concedí. Ella fué la que en virtud de mis observaciones rehusó dar una contestacion definitiva.

SEÑOR RAMON.

Y toda esa farsa ¿para qué? ¿para probarme que no tiene nada de extraño que mi hijo me rechace?

DON RAMON.

Precisamente.

SEÑOR RAMON.

¡Ca, hombre! pues si eso no tiene viso de fundamento.

DON RAMON.

Entónces no comprendo por qué se afligió usted tanto no hace mucho.

SEÑOR RAMON.

¡Toma! me afligí, porque me ponia en el caso de que pudiera ser verdad; pero bien pensado...

DON RAMON.

¿Qué?

SEÑOR RAMON.

¿Qué ha de hacer el chico si le dicen que usted es su padre? ¿Le ha de volver las espaldas? No, le seguirá, aunque allá en el fondo de su corazon lo sienta.

DON RAMON.

¿Es decir, que no cree usted que lo hace porque le halaga?

SEÑOR RAMON.

Hombre, eso no se le pregunta nunca á un padre.

DON RAMON.

Entónces, si no está ensoberbecido, si no es que lo mejor lo considera como lo más bueno, y segun supone usted se limita á cumplir con el deber natural, ¿aceptará gustoso la mano de Clotilde considerándola hija de usted?

SEÑOR RAMON.

Puede que la rechace por venganza.

DON RAMON.

No, no; salvado el inconveniente del despecho.

SEÑOR RAMON.

Es que...

DON RAMON.

Concretemos la cuestion. ¿Cree usted que el hijo de Don Ramon el magistrado, accederá sin resistencia á casarse con la hija del señor Ramon el carpintero?

SEÑOR RAMON.

Pero sin titubear, usted se ha figurado que á mi hijo se le come el orgullo. Y ha de saber usted que yo...

DON RAMON.

Nada, nada, á usted hay que darle las cosas mascaditas. Va usted á pedirle su mano para Clotilde, y si no se opone, le hago á usted concesion de cuantos derechos le dé la gana de exigirme.

SEÑOR RAMON.

Pues prepárese usted á perder.

DON RAMON.

Pero si ocurriese lo contrario, ¿confesará usted que su error es manifiesto y me otorgará la razon?

SEÑOR RAMON.

¡Oh! si así fuese... le mata...

DON RAMON.

¿Qué?

SEÑOR RAMON.

No, me moriria de pena.

DON RAMON.

Pues no más dilaciones, acabemos.

SEÑOR RAMON.

Sí, pero para siempre.

ESCENA IV.

DICHOS Y DOÑA ALEJA.

DON RAMON.

(Aparte viendo á Aleja.) (¡Ah!)

SEÑOR RAMON.

(Aparte.) (Esta mujer parece mi sombra.)

ALEJA.

Señores, dispénsenme ustedes si les interrumpo; pero testigo de una escena que hubiera querido evitar, me veo en la precision de tomar parte activa en el asunto.

DON RAMON.

Su intervencion de usted es siempre oportuna.

ALEJA.

Se trata de una confidencia hecha por Clotilde, cuya revelacion puede ser nuncio de algun lenitivo á sus pesares. Clotilde que ama á Antonio con la fe y el entusiasmo de la pasion primera, ve marchitarse hoy sus ilusiones ante la indiferencia glacial del hombre que ayer la tuvo por dueño de su albedrío.

SEÑOR RAMON.

¿Qué?

DON RAMON.

Prosiga usted.

ALEJA.

Tan profundo desengaño, unido á su situacion excepcional, le ha sumido en tal abatimiento, que temo por su salud si ese hombre no la restituye lo que es el alimento de su alma. ¡Pobre niña!

DON RAMON.

Ofrezco á usted exigir á Antonio estrecha cuenta de su conducta; pero desearia conocer, si usted la sabe, la causa que ha influido en su determinacion.
(Mirando al señor Ramon, este le contempla con extrañeza.)

ALEJA.

Duéleme herir la susceptibilidad de un padre.

DON RAMON.

No importa.

ALEJA.

Sin duda su repentino encumbramiento.

SEÑOR RAMON.

¡Cómo!

ALEJA.

Ha ofuscado su razon y ensoberbecido....

SEÑOR RAMON.

¡Mentira!

ALEJA.

¿Qué?

SEÑOR RAMON.

Le he criado yo, y conozco á fondo sus sentimientos.

ALEJA.

Sin embargo, la escena de hace poco en tu casa, parece que ratifique mi opinion.

SEÑOR RAMON.

Mira, Aleja, si es venganza por lo que te dije ántes sobre sus amoríos con tu chica, te advierto que esta ocasion no es...

ALEJA.

Ramon, no soy tan pobre de espíritu; sino que la consecuencia del cambio de posicion es natural.

SEÑOR RAMON.

Pues no le encontrabas á Antonio esos defectos no hace mucho.

ALEJA.

Explícate.

SEÑOR RAMON.

Cuando Don Ramon se brindaba á ser tu consuegro.

ALEJA.

¡Jesús! ¡Puede que creas!...

SEÑOR RAMON.

De ménos nos hizo Dios.

ALEJA.

Ciertamente, este caballero me hacia un honor que estoy muy léjos de merecer.

DON RAMON.

¿Oye usted, señor Ramon? ¿Pues no dice?...

SEÑOR RAMON.

(Turbado.) Sí, sí, ya lo he oido.

DON RAMON.

Hoy señora, somos todos acreedores á los mismos derechos.

ALEJA.

Permítame usted que le arguya; pero entre su posicion y la mia hay una distancia que, por mi parte, seria temerario saltar.

DON RAMON.

¿Pero no oye usted, hombre?

SEÑOR RAMON.

Sí, señor, ya oigo.

ALEJA.

Y áun cuando usted se dignase descender hasta mí, yo me veria en la precision de rechazar su honroso ofrecimiento.

SEÑOR RAMON.

¡Cómo! ¿Por qué?

ALEJA.

(Al señor Ramon.) Porque siendo Antonio hijo tuyo, la armonía era perfecta, los chicos podrian ser felices; al paso que tú y yo no teniamos porque hacer la historia de nuestros antecedentes. Pero al entrar en la familia de Don Ramon....

SEÑOR RAMON.

¡Qué! ¡Pues puede que valga más que la mia!

ALEJA.

Hombre, tú eres muy honrado, muy bueno; pero entre hacer un balcon ó fallar una causa....

SEÑOR RAMON.

Todo es trabajar.

ALEJA.

Convengo: sólo que un carpintero se hace en dos años, y un abogado cuesta trece ó catorce.

SEÑOR RAMON.

Eso no es razon.

DON RAMON.

Efectivamente, yo opino como mi tocayo.

ALEJA.

¿Pero dejarán ustedes de convenir en que la forma seria

más homogénea entre nosotros dos? (Por el señor Ramon y ella.) Al casarse los muchachos, es lo natural que nuestro trato fuese muy íntimo, y hasta tal vez que habitásemos bajo el mismo techo. Pues si en mis contertulios de antaño, miro unos hombres de bien, de cuya amistad no debo prescindir por la sola razon de saber algo más que ellos, ¿cómo es posible que mientras usted recibia al Regente, al Gobernador, ó al General H. y se ocupaban de asuntos de estado ó de jurisprudencia, me empeñase yo en hacer armonizar con ellos al tio Gazapo, ó á Juana la Pelucona?

SEÑOR RAMON.

Puede que esos valgan más que los otros.

DON RAMON.

¡Ah! sí señora. Ya no hay gerarquías. Ni la inteligencia ni la educacion sirven para estos señores, que tan lastimosamente confunden los derechos individuales con los dones del Espíritu Santo.

SEÑOR RAMON.

Ya ha salido usted con sus palabrotas, ya hemos acabado. (Tratando de irse.)

DON RAMON.

Venga usted acá á defender sus teorías.

SEÑOR RAMON.

Yo no sé lo que son esas cosas; pero sí digo que Aleja no tiene razon en no querer emparentar con usted y sí conmigo. Tanto vale uno, como otro. ¡Ea! voy á llevar esta silla á la cocina. (Tomando la de enea que hay delante del balcon.)

ALEJA.

(Deteniéndole.) Espera, hombre práctico. ¿Esta silla no es para sentarse?

SEÑOR RAMON.

Sí.

ALEJA.

¿Está útil? ¿Está limpia?

SEÑOR RAMON.

Sí.

ALEJA.

Pues ¿por qué te la quieres llevar?

SEÑOR RAMON.

¡Bonito papel haria entre todas esas tapizadas!

ALEJA.

¡Ah! Pues por eso me opondria á emparentar con el señor Don Ramon; porque yo, entre los suyos, no haria otro papel que el de la silla de enea.

DON RAMON.

¡Silencio! Antonio viene. ¡Clotilde! (Llamando.)

SEÑOR RAMON.

¡Ah! Tiemblo verle junto á mí.

DON RAMON.

(Aparte al señor Ramon.) ¡Adelante!

SEÑOR RAMON.

(Resuelto.) ¡Adelante!

DON RAMON.

Pues á consumar la obra. (Haciendo que el señor Ramon tome de la mano á Clotilde.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CLOTILDE Y ANTONIO.

ANTONIO.

(Aparte.) (Esperemos.)

SEÑOR RAMON.

(Aparte.) (Valor.) (Alto á Antonio.) Señorito... Antonio...

ANTONIO.

¿Me cree usted, por ventura, indigno de más cariñoso nombre?

SEÑOR RAMON.

No lo sé aún. Si el amor que hasta hoy ha profesado usted á Clotilde, no se ha borrado en un momento como se ha borrado otro que tenia más profundas raíces; si perdona usted la ofensa que insensatamente le ha inferido esta mañana; si la pasion que por usted la devora satisface sus aspiraciones, conteste usted á este pobre viejo que viene á pedirle con su mano la salud de su hija, que es lo único que le queda en el mundo.

ANTONIO.

¡Señor Ramon! (Haciéndose una resolucion.)

SEÑOR RAMON.

(Aparte.) (¡Ah!)

ANTONIO.

No debe usted dudar de mi cariño por Clotilde. La amo como siempre.

SEÑOR RAMON.

(Aparte á Don Ramon.) (¿Oye usted?)

ANTONIO.

Pero me es imposible llamarla mia.

CLOTILDE.

(Aparte.) (¡Cielos!)

DON RAMON.

(Aparte al señor Ramon.) (Oiga usted.)

SEÑOR RAMON.

¿Y... por qué? (Con ansiedad.)

ANTONIO.

Porque hoy no me pertenezco á mí solo; estoy unido á mi padre, cuya posicion me impone deberes que, aunque penosos, quedo obligado á satisfacer.

DON RAMON.

(Aparte al señor Ramon.) (¡He triunfado!)

SEÑOR RAMON.

¡Me abandonas, me rechazas, te avergüenzas de mí! ¡Infame! Yo humillaré tu soberbia. Has edificado tu orgullo en el aire. Sabe que todo ha sido una farsa.

ALEJA.

¿Qué?

CLOTILDE.

¡Ah! ¡Padre mio! (Abrazando á su padre.)

SEÑOR RAMON.

Tú, eres mi hijo; sí, el hijo del carpintero Ramon, que en mal hora te separó de su lado, sembrando cariño para cosechar vanidades é ingratitudes. Y ahora mismo vas á quitarte esa levita, que yo haré añicos, para que, con la

sierra en la mano, aprendas en el taller á fundar la sobérbia en el sudor de tu frente, derramándole tan copioso como el desventurado padre de quien reniegas.

DON RAMON.

Calma, señor Ramon. Cumpliéronse mis profecías.

SEÑOR RAMON.

(A Antonio.) Baje usted esa cabeza.

ANTONIO.

Nunca; porque puedo llevarla muy erguida.

TODOS.

¡Cómo!

ANTONIO.

¿Hoy, por ventura, se engaña impunemente á la juventud? No, padre mio. Le he dado á usted el primer disgusto de mi vida, por ayudarles á ustedes á plantear ese oscuro problema que aquí vamos á resolver.

SEÑOR RAMON.

¡Qué! ¿Tú sabias...?

ANTONIO.

Todo.

DON RAMON.

¿Tú?

SEÑOR RAMON.

¿De modo, que me amas?

ANTONIO.

¡Padre! Con toda mi alma. (Abrazándole.)

SEÑOR RAMON.

¡Antonio! (Respirando.) ¡Ah! ¡Ya no me muero nunca!

DON RAMON.

Habla, dí.

ANTONIO.

Acaso hiera alguna susceptibilidad, pero ante la importancia de la idea nada significan las personalidades. Padre, hay en nuestra sociedad una clase que usted simboliza, que pletórica de sensibilidad y escasa de inteligencia, no ve más horizonte que el que limita con su mano. Ensoberbecida con los derechos de que disfruta en su humildad, confunde la igualdad política con la estirpacion de los privilegios del talento y la fortuna; mira con prevencion cuanto se eleva sobre su nivel, y concluye apellidándose pobre, como si este dictado fuese el único título á la consideracion. No, padre; el jornalero, el industrial, el bracero, deben respeto y sumision al que más sabe, al que más tiene, ya que de ellos dimanan la luz y el trabajo. Las gerarquías son inabolibles, porque nunca la azada puede tener la importancia del buril, ni el cincel las consecuencias del libro; y sólo respetando se conquista el respeto; pues los derechos del hombre no son más que sus propios deberes ejercidos por otro. Mi conducta le ha patentizado á usted, que sin instruccion, sin cultura, los lazos más indisolubles pueden romperse abriendo una sima entre el corazon de un padre y un hijo. Pues bien, luz, inteligencia y criterio, abolirán las preocupaciones sociales; defenderán las gerarquías, y ni el derecho será la tiranía impuesta, ni el deber la envilecida servidumbre.

DON RAMON.

Esas son mis teorías.

ANTONIO.

Ahora á usted. La confusion de las clases es un error peculiar de los que nada tienen en el cerebro; pero de las preocupaciones sociales, tan ridículas como hipócritas, sólo son responsables, ustedes los que militan en las filas del saber; ustedes que las combaten en teoría, pero que no las rechazan en la práctica. ¿A qué ese clamor contínuo con que se pide la ilustracion del pueblo para hacerle partícipe á conciencia de sus omnímodos derechos, si al descender al terreno práctico, los apóstoles encargados de la predicacion esconden la mano vergonzosamente tendida, enseñan el libro por las guardas, y extinguen la tea propagandista que puede disipar las tinieblas? El que tiene, debe dar limosna al que necesita, para que el pobre viva agradecido al rico; del mismo modo el que sabe debe difundir la inteligencia entre los que ignoran, para que éstos comprendan la superioridad de aquél. Cooperar con sus fuerzas á la regeneracion social, agruparse, confundirse, amalgamarse; y una vez practicada la fraternal union que establezca los límites naturales del deber y del derecho, habremos conseguido el equilibrio social y cimentado la ancha base en que han de tomar asiento las libertades humanas.

SEÑOR RAMON.

¡Bravo! ¡Bravo! hijo de mi alma. Ven acá te deshago. (Le abraza.) Todo, todo lo he entendido. ¿Qué dice usted, Don Ramon?

DON RAMON.

¿Qué digo? (Conmovido une á Clotilde y á Antonio.) ¡Esto! y que nosotros ya no somos de moda. Doña Aleja, usted lo ha entendido, convirtiéndose en discípula de su Adela.

SEÑOR RAMON.

Hijo, yo quiero aprender. ¿Me enseñarás?

ANTONIO.

¡Padre mio!

ALEJA.

No hay más remedio; nuestra generacion se va empujada por la generacion que viene. Triste es para nosotros confesarlo; pero hay que lanzar el grito de: «¡Viejos, paciencia y atrás!» Plaza, plaza al elemento jóven.

FIN.







